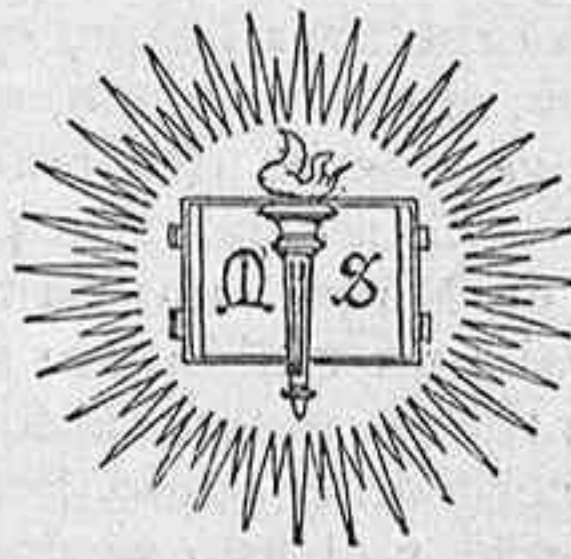


La Ilustración Artística



Año XXIV

← BARCELONA 17 DE JULIO DE 1905 →

Núm. 1.229



CONSULTA INTERESANTE, cuadro de C. R. Leslie, que forma parte de la colección Vernón



SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *La cuna*, por J. Menéndez Agosty. — *El acorazado ruso «Príncipe Potemkine»*. — *La copa Gordón-Bennet. Carrera de automóviles en Laschamps*. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Eliseo Reclús*. — *Bellas Artes*. — *Concurso internacional de problemas de ajedrez. Fallo del Jurado*, por José Tolosa y Carreras y Valentín Marín. — *La Conquistadora*, novela ilustrada (continuación). — *La escuadra inglesa en Barcelona*. — *El globo dirigible «Lebaudy»*.

Grabados.— *Consulta interesante*, cuadro de C. R. Leslie. — Dibujo de Camps que ilustra el artículo *La cuna*. — *El acorazado ruso «Príncipe Potemkine»*. — *Los cargadores huelguistas en los muelles de Odesa*. — *Guerra ruso-japonesa. Un te interrumpido. Malas noticias de fuera*, dibujo de Frank Craig. — *Carrera de automóviles en Laschamps. Aspecto de las tribunas*. — *El vencedor de la carrera, Thery*. — *Guerra ruso-japonesa. Esperando la llegada de los japoneses después de la evacuación de Mukden por los rusos*. — *El general Hasewaga avanzando sobre Vladivosok*. — *Junto al fuego*, cuadro de Mme. Lee Robbins. — *Tristeza*, monumento funerario, obra de Enrique Waderé. — *Eliseo Reclús. Monumento a Cervantes*, erigido en Alcoy, obra del arquitecto Vicente Pascual y del pintor Fernando Cabrera. — *La escuadra inglesa en Barcelona. Banquete de gala en el Salón de Ciento*. — *El almirante, jefes y oficiales de la escuadra en la nueva Plaza de toros*. — *Partido de «lawn-tennis» en honor del almirante, jefes y oficiales de la armada*. — *Último viaje del globo dirigible «Lebaudy»*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El Gobernador y el Alcalde de Madrid, en calidad de escobas nuevas, han decidido barrer los golfos, mendigos, busconas, hampones, perdularios, artistas de la miseria y otros gusanillos de la gusanera maritense.

Y me doy prisa a explicar la palabra *gusanos*, no vaya a incomodarse alguien, como se incomodó un señor, paisano mío por más señas, porque dije que los inquilinos menesterosos deshonoraban los viejos palacios nobiliarios de Salamanca.

Yo daba a la palabra *deshonra* el sentido estético que suele dársele, y que claramente sugería el contexto de mi artículo. Estéticamente, históricamente, deshonoran un edificio blasonado donde se desarrollaron altos hechos y se cobijaron insignes varones, los anafes de la cocina barata, los guñapos colgados dondequiera, la escasa policía que suele haber en las viviendas humildes—y ojalá que las salmantinas constituyan honrosa excepción.—No siempre la idea de deshonor lleva sentido moral, y por otra parte yo no ignoro que tan honrado puede ser el pobre como el rico. En esto no creo que quepa discusión. Los sentimientos no se miden por el tamaño del bolsillo. Yo conozco pobres tan excelentes que no los trocaría por cuantos millonarios respiran y holgazanean en el mundo. Pero un palacio antiguo, ilustre, me agrada más con el aparato que requiere su interesante argumento. Por desgracia sus dueños no los habitan.

* *

Y hablando de la gusanera, llamo gusanos y bicharracos a esos que ahora (más vale tarde que nunca) dan en recoger, asear y dedicar a alguna labor, no porque su mala fortuna les haya hecho necesitados, sino porque su inclinación les hace ociosos, dados a un oficio de vagancia y pereza, en que se cultiva la suciedad como una mina, como una renta la deformidad, la exhibición de lacras y postemas como una industria, y la mentira como un arte. Por eso les califico de gusanos, y califico de zánganos a los poderosos que viven en la inacción, sufriendo mayor hastío y tedio que la golfería pedigüña y mendicante. Si los golfos trabajasen, no serían golfos. Serían abejas.

Pero justamente al trabajo es a lo que profesan ellos santo horror. Su vida es libre, bohemia, expuesta a crisis de hambre y de frío durante el riguroso invierno, infestada de parásitos especialmente en el verano, pero ¿qué les importa? Realizan ese ideal tan ibero de «echarse a la calle», de tener por pragmática su voluntad, de no depender de nadie, de no reconocer obligación, de merodear, de no saber si hay pared entre el día y la noche, de rozarse igualmente en la vía pública con los más altos, y de cultivar un romanticismo mugriento, el romanticismo picaresco de la bazofia y la vagancia.

* *

Sí; poetas burdos son; pero poetas, a su modo. Y son también, como dejo dicho, *snobs*. La vida elegante les preocupa extraordinariamente, y la siguen,

y la acompañan como el polvo acompaña a las girantes ruedas del landó. A la puerta de los teatros de moda, a la de las casas donde se celebran saraos, arremolinase la golfería, apiñada, inquieta, con familiaridades democráticas y curiosidades decadentes. Van a ver qué queda en la estela de los poderosos; van con la vaga esperanza de que caiga alguna albaña, alguna presa, el rico pañuelo, el abanico de nácar y oro, la joya que se desprende, el monedero que resbala... No ha mucho, a la puerta del teatro de la Comedia, en Madrid, una dama perdió un hilo de perlas que valía un millón. No se lo robaron, no lo cortaron con tijeras, porque entonces, alguna perla suelta aparecería en el suelo. Sencillamente, desabrochóse el cierre, y el hilo se deslizó por la falda de seda. Pero allí había, en acecho, esa patulea que no compra entrada, que aguarda a los que salen, y avizora la pesca en río revuelto. Y es probable que ni llegase al suelo el collar. No hubo medio de recobrarlo, aunque la dama notó instantáneamente la pérdida.

—Yo comparo el pavimento de Madrid al mar: lo que en él se cae... rezarle por el alma. Y es que las calles no están pobladas de transeuntes que van a lo que les interesa ir, sino invadidas por una población flotante de vagos, descuidados y buscavidas; cien ojos espían incesantemente al pacífico que se encamina a su negocio ó pasea por higiene. Cien pupilas os devoran; cien manos color de morcilla extremaña, aparentemente extendidas para que dejéis caer en ellas el centimico, se alargan hacia la bolsa, los lentes, el alfiler, el paraguas, la sombrilla, el paquetito que acabáis de sacar de la tienda, hasta la flor que habéis comprado ó con que os ha obsequiado un amigo!

* *

La segunda hoja del díptico. ¡Los guardias!

Es evidente que si en otras grandes capitales la policía no se opusiese, habría más golfos y más mendigos acosados que en Madrid. Vagancia, miseria y ociosidad, en todas partes podrán registrarse; la diferencia es que la sociedad combata ó no esas plagas hasta reducirlas, ya que no las extirpe.

Apetitos despertados por el espectáculo del lujo no han de faltar en París, y el grado de exasperación a que pueden llegar después de un periodo de hambre, dígalos la horrible etapa de la *Commune*. Y sin embargo, París no se rasca de esa lepra, como se rasca, impaciente unas veces, otras resignada, la corte española.

En gran parte se debe la pulcritud de París a la policía. Bien organizada, culta, seria, convencida de sus deberes y dispuesta a que se respeten sus derechos, la sentimos como fuerza defensora y vigilante, que nos guarda las espaldas, que nos auxiliará, si es preciso. En Madrid principiamos por notar su ausencia siempre que su presencia hace falta. El absentismo de los guardias ante el desorden, el delito y el crimen, ha pasado a ser tradicional. En cambio, se les encuentra solícitos para hacer cumplir las órdenes molestas, para hilar las inaguantables filas que se establecen y son causa de que, en ciertos días, sin necesidad alguna, se interrumpan las comunicaciones en todo Madrid. Se les encuentra también, insolentes y mal hablados, alrededor de la Plaza de toros, cuando hay corrida, importunando a los cocheros ante los teatros, y en cualquier sitio donde puedan ocasionar algún vejamen al espectador que ha pagado su dinero ó que va provisto de invitación en regla; a la gente, en suma, que no ha de cometer desmán alguno—que es a la que tienen entre ojos.

En las fiestas (?) del Centenario del *Quijote*, he dicho, si mal no recuerdo, lo que sucedió: la chusma fué dueña de Madrid, y para llegar, por ejemplo, a los palcos de la batalla de flores, que el Ayuntamiento vendía, hubo que luchar con una cabila, así como para escuchar a los orfeones hubo garrotazos, puñadas, coces y tiros. Yo no sé por qué se asustan de la palabra *anarquía* las gentes timoratas. ¿Qué mayor anarquía que el desorden erigido en costumbre, y que la autoridad misma se declara impotente para refrenar? «No podemos», me han dicho a mí los guardias al rogarles que abriesen un camino por donde llegar a las tribunas; y el *non possumus* de los que deben garantizar el derecho, me parece peor que la anarquía franca, ya conocida, y en la cual cada uno sabe que ha de mirar por sí.

* *

Por lo tanto, yo estoy con el señor gobernador y el señor alcalde, las dos escobas nuevas, que se han dedicado a la meritoria tarea de barrer y desarañar la heroica villa; y les deseo buena suerte y completa victoria sobre la golfemia tenaz. Sólo me apremia un

temor, sólo me congoja un escrúpulo. Temo yo que esta labor de escoba nueva afloje, apenas se gaste el palmito, y apenas se retire allende los Pirineos el huésped. Porque se me figura—Dios me perdone la malicia—que algo de este nunca bien ponderado entusiasmo desinfectante y europeizador se debe a la próxima visita de M. Loubet.

Cuando se espera semejante evento, fijase hasta involuntariamente la atención en las deficiencias del hospedaje y en los bochornos a que tales deficiencias nos exponen. ¿Qué dirán las naciones extranjeras, qué dirá el forastero ilustre, al contemplar ese Madrid invadido por la corte de los Milagros, como estaba el París del tiempo de Claudio Frolo? El efecto pintoresco de tanto harapos típico, ¿compensará el efecto triste de tanto atraso? ¿Podrá el color local encubrir el rubor de la vergüenza?

Por fin, en el fracasado Centenario, los que saldrían maravillados de cómo andan las cosas de España fueron cuatro sabihondos de Universidad noruega ó rusa, cuatro cervantófilos trasconejados, cuatro corresponsales ó corresponsalas de diarios más ó menos anglosajones. ¡Pero ahora! La Europa va a contemplarnos por los ojos del jefe de un Estado cultísimo, del presidente de una República que todavía no ha abdicado el cetro de la civilización moderna y refinada. Es preciso afeitarse a Madrid la barba de ocho días, fregarle la roña, olearle, desinfectarle, raparle, vestirle de rayadillo...

Asombro y no pequeño sería para M. Loubet verse asediado por la cáfila de pedigüños que nos acosan en las calles más céntricas. A un lado, el cesante de cinco años; á otro, la viuda con doce chicos; á la derecha, el *artista* sin trabajo, que postula en voz cavernosa, como si os amenazase con el saqueo y el incendio; á la izquierda, el ancianito desdentado, que se alaba de ochenta años y de una existencia sin pan; y en todas direcciones, enhebrados por todas partes, los granujillas, los golfos y las golfas, el que tiene más hambre que un oso y el que no se ha desayunado desde hace seis días, el que nunca tuvo padre ni madre y los mil que seguramente no han visto una palangana desde que nacieron...

Loubet, cortés, sonreiría á esta exhibición que no carece de *chic*, susurraría cuatro amabilidades, y como hacen los extranjeros bien criados, exclamaría en alta voz que todo eso es encantador, que nuestra hampa tiene un aire de hidalguía inconfundible, y que le hace suma gracia su modo de mendigar... Pero, apenas hubiese vuelto la espalda, en la intimidad, donde se suelta la lengua y se abre el corazón, hablaría de *saleté*, de *haillons sordides*, y refunfuñaría acaso:

—*Drôle de ville! Comment peuvent-ils vivre, perscutés nuit et jour par les gueux?*

* *

Y si es eso lo que se quiere evitar..., bueno está que se evite; pero será malo que, como sucede en ciertas casas y en ciertas familias, sólo se haya puesto ropa limpia a las camas y se hayan fregado los pisos porque viene un señor que no es de confianza.

Todo lo que se haga antes de Loubet debe seguir haciéndose, con mayor eficacia si cabe, cuando los francesitos cierran la maleta y se vuelvan pian piano a su hermoso y bien administrado país. Hay que desterrar de una vez la plaga, y no desterrarla escondiendo a los mendigos, sino reintegrándolos en la normalidad y moralidad incompatible casi con el pordioseo, dentro de las leyes del moderno vivir. Hay una escuela sociológica que considera penable, no al que pide, sino al que da limosna en la vía pública; sin llegar a este extremo, yo reconozco que el limosneo no se hace por caridad, ni por altruismo, ni por filantropía, ni por ninguno de los sentimientos elevados y puros, llámense como se llamen, sino meramente por librarse de una molestia, de un moscone que interrumpe la conversación, no deja comprar en la tienda, no permite mirar en paz un escaparate; por alejar al mamón que berrea, a la borracha que hiede, a la vieja que representa la estampa de la herejía, al obrero que os enseña un muñón de brazo, al lisiado que se lamenta, al ciego que rasguea el guitarrillo...

* *

Caridad la hay en Madrid, quizás sólo falta encazarla; los que deseen extinguir la mendicidad deben consagrar a los asilos lo que daban antes en infecundo y contraproducente ochaveo. Y lo harán, si se persuaden de que las escobas viejas son tan barradoras como las nuevas.

EMILIA PARDO BAZÁN.



«Una cuna... ¡Qué ensueño!» Un capricho bailarín del humo la tejó en el aire, la mantuvo un instante colgada de los hilos del telégrafo y luego la deshizo de un tirón, para demostrar sin duda la fatal inconsistencia de todas las cosas que el humo teje. Pero vino el sueño y continuó su labor. Ya no era la humareda de la máquina quien anticipaba los deleites de la maternidad en aquellas dos imaginaciones donde las esperanzas se vestían aún de color de rosa y brillaban como sol de mayo, sino ese desigual adormecerse de las celdillas cerebrales, quietud incompleta con que los fisiólogos, empeñados en destruirnos las más dulces quimeras, explican el origen de los ensueños. Esto quiere decir que soñaron con la famosa cuna y que se vieron junto a ella, guardando el sueño de una cosa ternísima y suspirante que dormía con ese reposo apacible que parece la última reminiscencia de un mundo eternamente bueno...

También los sueños tienen algo de humo: como él tejen en un momento amables visiones, como él las mecén a nuestra vista, y como él las deshacen de un tirón. Así les ocurrió a los dos personajes de mi cuento precisamente cuando miraban con más entusiasmo al fondo de la cuna. Sin embargo, como a los veinte años todas las ambiciones de la vida son posibles y aun probables, aquellas dos imaginaciones hicieron, al despertarse, el milagro de continuar el ensueño; y con los ojos abiertos, en pleno mediodía, entre las cuatro tablas de un vagón del ferrocarril, siguieron viendo su cuna, vestida de blanco, con el rollito de manteca dentro y un nimbo feliz rodeando aquel cuadro de familia. Primero viéronla vacía, a medio vestir, esperando, mientras la esposa se ruborizaba en brazos del esposo confiándole ese primer misterio de la mujer casada que prolonga la inocencia al través del matrimonio; luego advirtieron en toda la casa un rebullir anormal de gentes, la entrada brusca de un señor grave, abrir y cerrar de armarios, preparar piezas de lencería, grandes y finas, junto con otras piecicillas que de puro diminutas parecían cosa de muñeca; al cabo de un rato oyeron un sollozo infantil, y las caras serias se tornaron alegres, y hubo cambio de enhorabuena por los pasillos, y el señor grave pasó al comedor, donde le sirvieron una buena taza de caldo... ¡Caramba! Pues ya estaba la cuna a punto de ser ocupada. Un día se ocupó por fin. El autor del sollozo infantil pataleaba en ella, protestando quizás de aquella forzada emancipación que le ofrecían y echando de menos el calor del vasto lecho conyugal, donde parecía una mosca náufraga en una palangana... ¡Ay, amiguito! La vida es esta: casi nunca nos emancipamos por propia voluntad. O nos emancipan nuestros padres ó nos emancipan los azares de la suerte.

Bueno, pues ya tenemos la cuna ocupada; ahora vienen otros quebraderos de cabeza. ¡Cómo desocuparla, quiero decir, cómo dar a su actual ocupante un rumbo seguro en la existencia!.. Las dos imaginaciones de veinte años no tienen fuerza para volar tan lejos, ni quieren volar tampoco... Les basta con el presente, todo él claro y risueño como una decoración primaveral. Ya tendrán tiempo de pensar en la grande, en la verdadera emancipación del chico. Por ahora es mejor soñar asomados a esa dulce quimera que el humo y el sueño van tejiendo sucesivamente en lo íntimo del pensamiento y en el espacio deslumbrador... Y sigue el tren rodando y rueda con él la felicidad camino de la hartura, estación donde forzosamente se ha de acabar el recorrido. Todas las hambres os serán hartas al fin, casaditos de un día. Ya calmasteis una, que era la de veros unidos; pues poco a poco las calmaréis todas, y felices de vosotros mientras os espolee el deseo de correr y subir, mientras os quede por gustar una nueva alegría.

Decoración: un gabinete. Una cuna, real y palpable, ocupa su centro. En la cuna duerme

un niño. Las dos imaginaciones que tuvimos el gusto de conocer haciendo su viaje de boda, están terriblemente agitadas. Tengan ustedes la bondad de prestar atención a los piropos que se dirigen.

ÉL.—Ya te he dicho que no me gustan las cuestiones.

ELLA.—Ni a mí tampoco.

ÉL.—Entonces, ¿por qué las provocas?

ELLA.—Quien las provoca eres tú.

ÉL.—Porque te contesto defendiéndome, ¿verdad?

ELLA.—No..., porque las provocas.

ÉL.—¡Vaya una lógica!

ELLA.—La calqué de la tuya. Siempre estás diciendo que todas las cosas son porque son... Bueno, pues provocas las cuestiones por eso mismo, porque las provocas. Estamos de lógica a la misma altura.

ÉL.—Pero podías decirme todo eso en un tono menos agrio.

ELLA.—En el tono que te mereces.

ÉL.—Sueles ser un poquito... grosera.

ELLA.—Por eso me casé contigo... Para que me enseñases educación.

ÉL.—Me casé para quererte y ser felices.

ELLA.—Y yo lo mismo.

ÉL.—Ya veo que sufrí una equivocación lamentable.

ELLA.—Y yo también.

ÉL.—Bueno, basta... Hasta luego...

ELLA.—Que te diviertas.

Las dos imaginaciones coinciden de pronto en una misma cosa, la cuna, y he aquí la reyerta concluida. Aquello tan pequeño, que palpita con el delicado trajín de un reloj, tiene en su pequeñez una grandeza omnipotente, y al contemplarlo, parece que una mano invisible limpia el espíritu de rencores y orgullos y lo ilumina con una viva y refulgente luz, mientras la cuna tiembla de contento. ¡Para qué amargarse neciamente la existencia cuando el amor ha germinado en ello y su más sabroso fruto la regocija y embalsama!

Triste es confesarlo: las imaginaciones han vuelto a reñir sin acordarse de que la cuna les contempla. Ahora parece ser más grave la cosa. El marido regresó muy tarde la última noche y no explica satisfactoriamente la tardanza. Por lo menos a su mujer no le satisface la explicación y esto ya es bastante para llegar al desacuerdo. ¿Habrá infidelidad? Esto es lo primero que sospecha la esposa, quién sabe si por lo mismo que es lo último que debiera sospechar.

ELLA.—En fin, durmamos... No son estas horas de discutir.

ÉL.—Es que yo no dormiré tranquilo mientras no quedés convencida...

ELLA.—Trabajo te mando.

ÉL.—Eres terca.

ELLA.—¡Soy!.. Bueno, está bien; durmamos.

ÉL.—Yo digo que no está bien. Si fuera verdad esa sospecha ruin que veo pasar en este momento por tu imaginación, buscaría el pretexto del sueño y de la hora para acabar cuanto antes y evitar tu mirada; pero como no debes sospechar nada malo de mí, insisto en que me escuches.

ELLA.—Pierdes el tiempo; no quiero escucharte.

ÉL.—Eso es maldad.

ELLA.—Es lo menos con que puedo pagarte. La crueldad no cabe en mí.

ÉL.—Casi eres cruel.

ELLA.—Si lo fuera, me gustaría continuar discutiendo para ver cómo te enredas en tus propias mentiras.

ÉL.—¿Mentiras yo?

ELLA.—Sí, mentiras; está dicho y no tengo por qué rectificar.

ÉL.—Si no mirase...

ELLA.—¿Qué?

ÉL.—Vale más no decirlo.

ELLA.—Y hacerlo, ¿verdad?

ÉL.—¡Oh! Hacerlo...

ELLA.—Eres capaz de cualquier disparate.

El niño sueña y se ríe. ¡Oh poder de una sonrisa en quien no sabe todavía el valor que tiene reír!.. Marido y mujer vuelven la cabeza y miran a la cuna. La sonrisa continúa entreabriendo una boca de seda. ¿Seguirán discutiendo delante de aquel símbolo de paz? No pueden, ¡qué han de poder! Algo infinita-

mente bueno llena la habitación y encanta á los que en ella están. No, no discuten; no pueden discutir. Sus resquemores, su amor propio, la sinrazón de su querrela, se han fundido ante aquella carita dichosa como se licía la nieve bajo la caricia del sol. Por segunda vez ha mostrado la cuna su fuerza imponderable.

* * *

Un capricho bailarín del humo de la dicha tejó aquella cuna; otro capricho acaba de quebrarla. La vida tiene estas lúgubres sorpresas. Cuando más seguros caminamos por ella, cuando más bello se nos aparece el horizonte, dilatándose en frescas y esplendorosas perspectivas, he aquí que súbitamente se abre la tierra bajo nuestras plantas y nos hundimos en el reino de las sombras. Todo le sonreía á nuestro matrimonio. De pronto, una tosecilla, un rápido ascenso de temperatura, la sangre que se incendia, todo el organismo que se deforma, y la sonrisa se convierte en una mueca espantable: la tragedia asoma su rostro lívido entre las cortinas de un lecho de muerte.

Vino el médico poco menos que volando y se instaló á la cabecera del enfermito... Pero no fué posible la victoria. Estaba de Dios que el ensueño había de pasar como lo que era, dejando tras de sí un leve aroma de rosas marchitas, y pasó. Una mañana, al despertarse las dos imaginaciones en el vasto lecho conyugal, prestaron atención, escucharon silenciosamente. No; había sido un sueño. No respiraba nadie á su lado. Sin embargo, parecía que un blando resuello respondía á los latidos de su corazón... Volvieron á escuchar. Era quimera pura: estaban solos. En un rincón de la alcoba, parecía la cuna un juguete olvidado.

Un día—ya había pasado algún tiempo—se acoloraron nuevamente las dos imaginaciones. La de ella insistía en creer que aquel hombre no era el

mismo de siempre, que había cambiado y poco á poco se alejaba del hogar con olvidos, desconsideraciones, gastos no justificados y arrebatos de esposo aburrido; y la de él, obsesionada por la idea de una perfección moral imposible, atribuíase el papel

cielo. Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Somos unos insensatos, murmuró el esposo contemplando la fría vacuidad de aquel juguete que fué nido.

—No volveremos á reñir, te lo juro, dijo la esposa pálida de dolor y de remordimiento. ¡Pobrecito mueble! ¡Danos la paz!..

Aun después de vacía, esa fué siempre la misión de la cuna.

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

(Dibujo de Camps.)

EL ACORAZADO RUSO

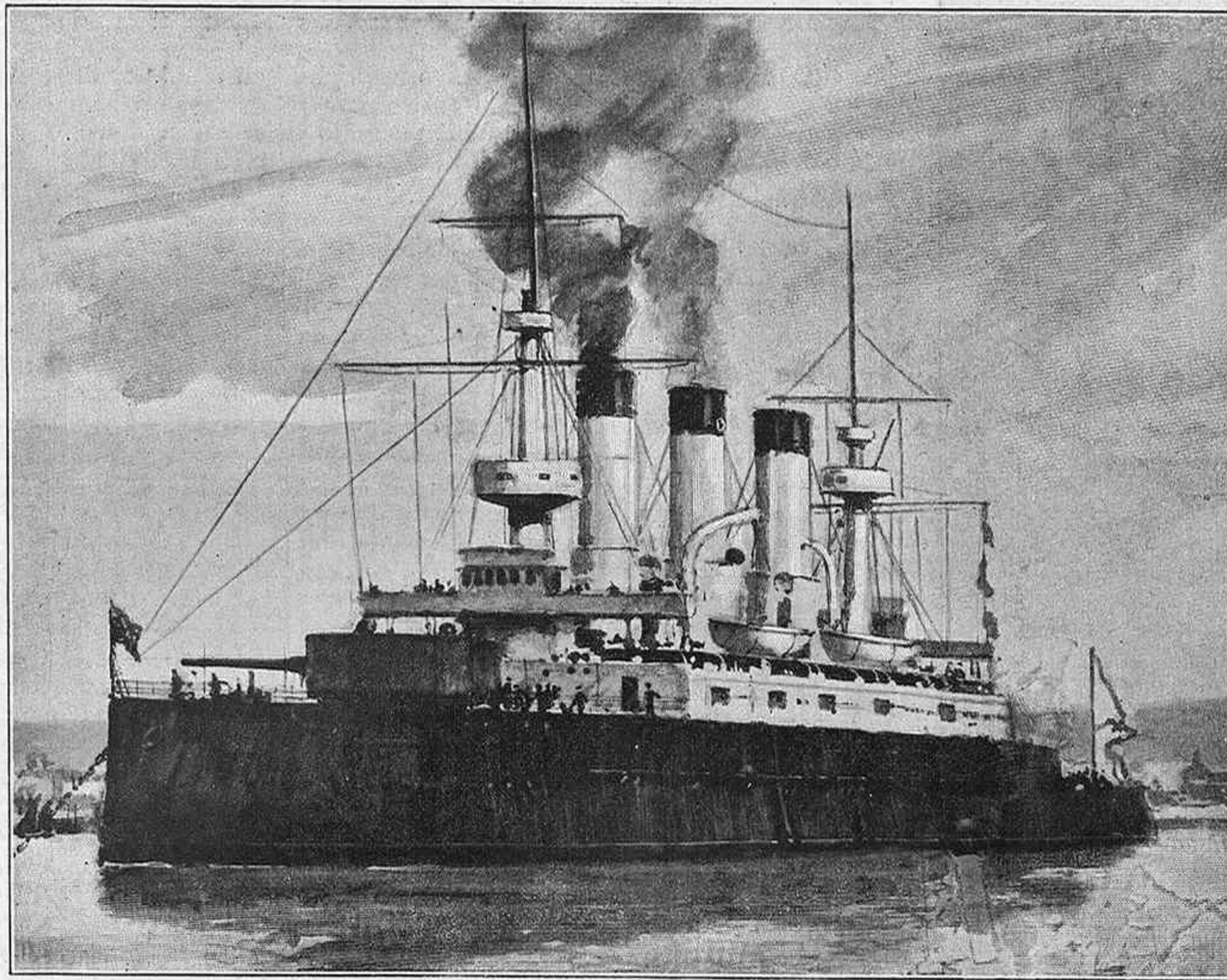
PRÍNCIPE POTEMKINE

En la última crónica de la guerra ruso-japonesa, nos ocupamos detalladamente de la sublevación estallada á bordo del acorazado ruso *Príncipe Potemkine*. Continuando el relato en el punto en que lo dejamos, diremos que desde Constanza se dirigió el buque (siempre acompañado del torpedero n.º 267) á Teodosia (Crimea), á cuyas autoridades exigieron los amotinados la entrega de carbón y víveres y además el envío de un médico, amenazando con bombardear la ciudad si no se les facilitaba lo que pedían.

El día 7 el acorazado abandonó aquellas aguas y volvió á Constanza, adonde llegó á media noche, y á las nueve y media destacó una lancha tripulada por una comisión encargada de

negociar la sumisión del barco. A la una, los rebeldes anunciaron que aceptaban las condiciones que las autoridades rumanas les imponían y entregaron á éstas los dos barcos. La tripulación del acorazado fué desembarcada y en un tren especial internada en el país para ser distribuida entre distintas localidades. El buque, en el que se izó en el primer momento el pabellón rumano, ha sido devuelto á Rusia.

La tripulación del torpedero n.º 267 se negó á rendirse, diciendo que no se había sublevado, sino que había seguido al acorazado ante las amenazas de que fué objeto. Dicho torpedero se dirigió á Sebastopol.



El acorazado ruso *Príncipe Potemkine*, cuya tripulación se sublevó el día 27 de junio último en Sebastopol y que se ha rendido á las autoridades de Constanza (Rumanía) el día 8 de los corrientes.

de víctima en aquel juego peligroso y cargaba sobre la otra todas las responsabilidades del verdugo. Esta vez iba la cosa de veras; entre el chaparrón de dictorios y frases gordas que fluía de aquellas dos bocas iracundas, adivinábase algo que no se atrevía á salir, pero que indudablemente daba vueltas en el pensamiento como una bala monstruosa...

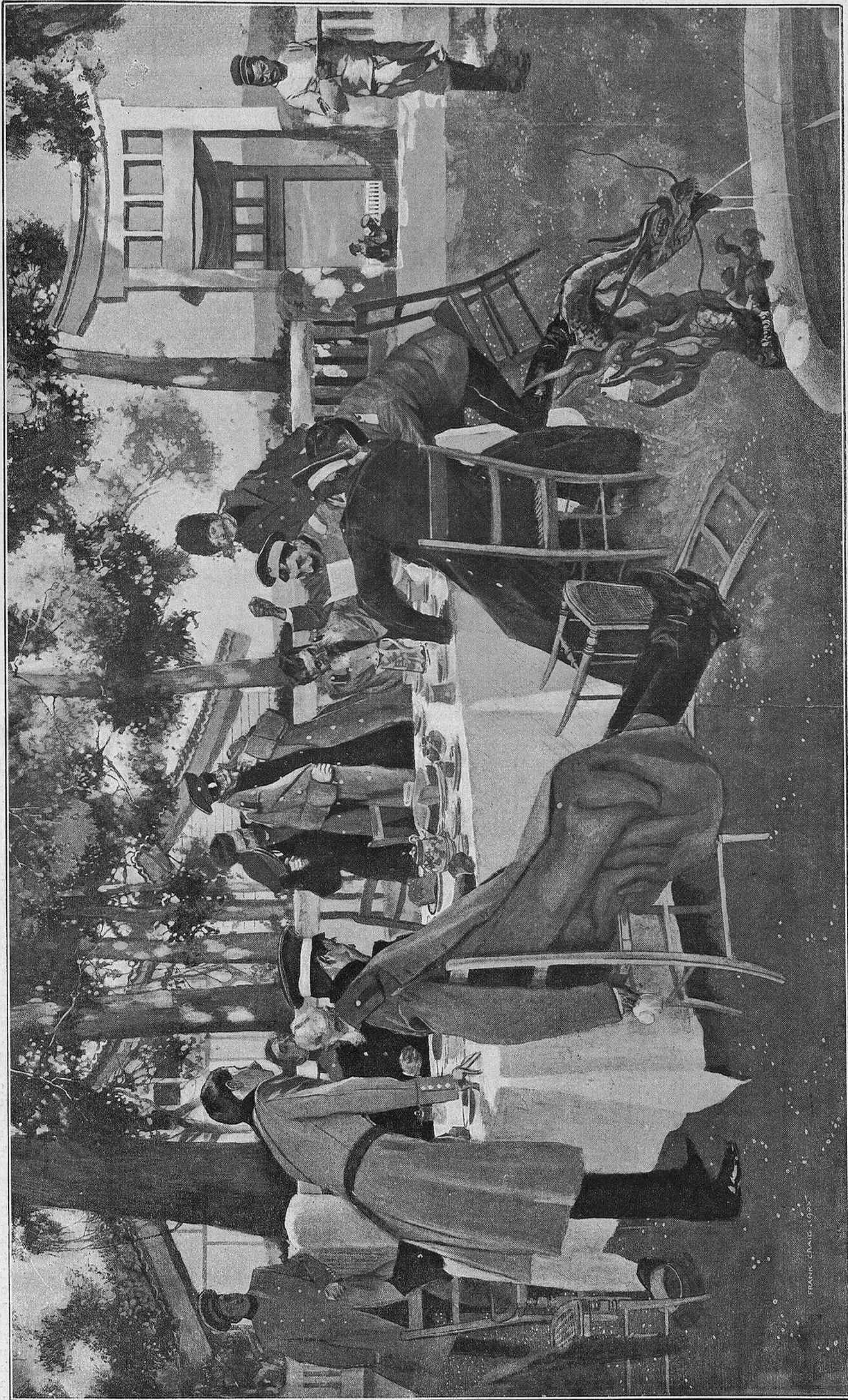
El aire quizás, quién sabe si el recuerdo, simuló en aquel punto el quejido de un niño.

Los dos esposos miraron á la cuna y quedaron silenciosos. La reyerta había terminado bruscamente, cortada por un silencio augusto que parecía bajar del



EN ODESA. — LOS CARGADORES HUELGUISTAS EN LOS MUELLES. (De fotografía.)

GUERRA RUSO-JAPONESA



UN TE INTERRUMPIDO.—MALAS NOTICIAS DE LA FRONTERA. (Dibujo de Frank Craig, tomado de una fotografía remitida por el corresponsal de un periódico inglés.)

La escena que este grabado reproduce pasa en el jardín de un templo de la Mandchuria. Alrededor de la mesa están sentados varios oficiales rusos tomando alegremente el té al aire libre. De pronto interrumpe su alegría el recibo de un parte anunciando un nuevo desastre del ejército ruso.

LA COPA GORDÓN-BENNET.—CARRERA DE AUTOMÓVILES EN LASCHAMPS

Esta carrera ha despertado este año en el mundo automovilista la misma expectación y el mismo entusiasmo que en los anteriores, habiendo acudido a disputarse la famosa copa los principales fabricantes de automóviles y los más famosos conductores. Después de las pruebas eliminatorias quedaron designados los competidores siguientes: por Francia, Thery, Caillois y Duray, en máquinas Richard-Brasier los dos primeros, y Dietrich el tercero; por Alemania, Jenatzy, De Caters y Werner, todos en automóviles Mercedes; por Inglaterra, Clifford-Earp, Rolls y Bianchi, el primero en un Mercier y los otros dos en sendos Wolseley; por Italia, Lancia, Cagno y Nazari, todos en automóviles de la marca F. J. A. T.; por Austria, Braun, Hieronymus y Burton, los tres en Mercedes; y por los Estados Unidos, Lyttle, Dingley y Tracy, los dos primeros en máquinas Pope-Toledo y el tercero en un Locomobile.



LASCHAMPS. — ASPECTO DE LAS TRIBUNAS EN EL MOMENTO DE COMENZAR LA CARRERA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.²)

Después de las pruebas eliminatorias quedaron designados los competidores siguientes: por Francia, Thery, Caillois y Duray, en máquinas Richard-Brasier los dos primeros, y Dietrich el tercero; por Alemania, Jenatzy, De Caters y Werner, todos en automóviles Mercedes; por Inglaterra, Clifford-Earp, Rolls y Bianchi, el primero en un Mercier y los otros dos en sendos Wolseley; por Italia, Lancia, Cagno y Nazari, todos en automóviles de la marca F. J. A. T.; por Austria, Braun, Hieronymus y Burton, los tres en Mercedes; y por los Estados Unidos, Lyttle, Dingley y Tracy, los dos primeros en máquinas Pope-Toledo y el tercero en un Locomobile.

El trayecto en donde el día 5 de este mes debía realizarse la prueba ofrecía el más pintoresco y animado aspecto; los caminos que a él conducen veíanse invadidos desde las primeras horas de la madrugada por vehículos de todas clases y un número incalculable de peatones; y en las tribunas apiñábase una multitud escogida, en la que figuraban todas las notabilidades y todos los aficionados al deporte automovilista.

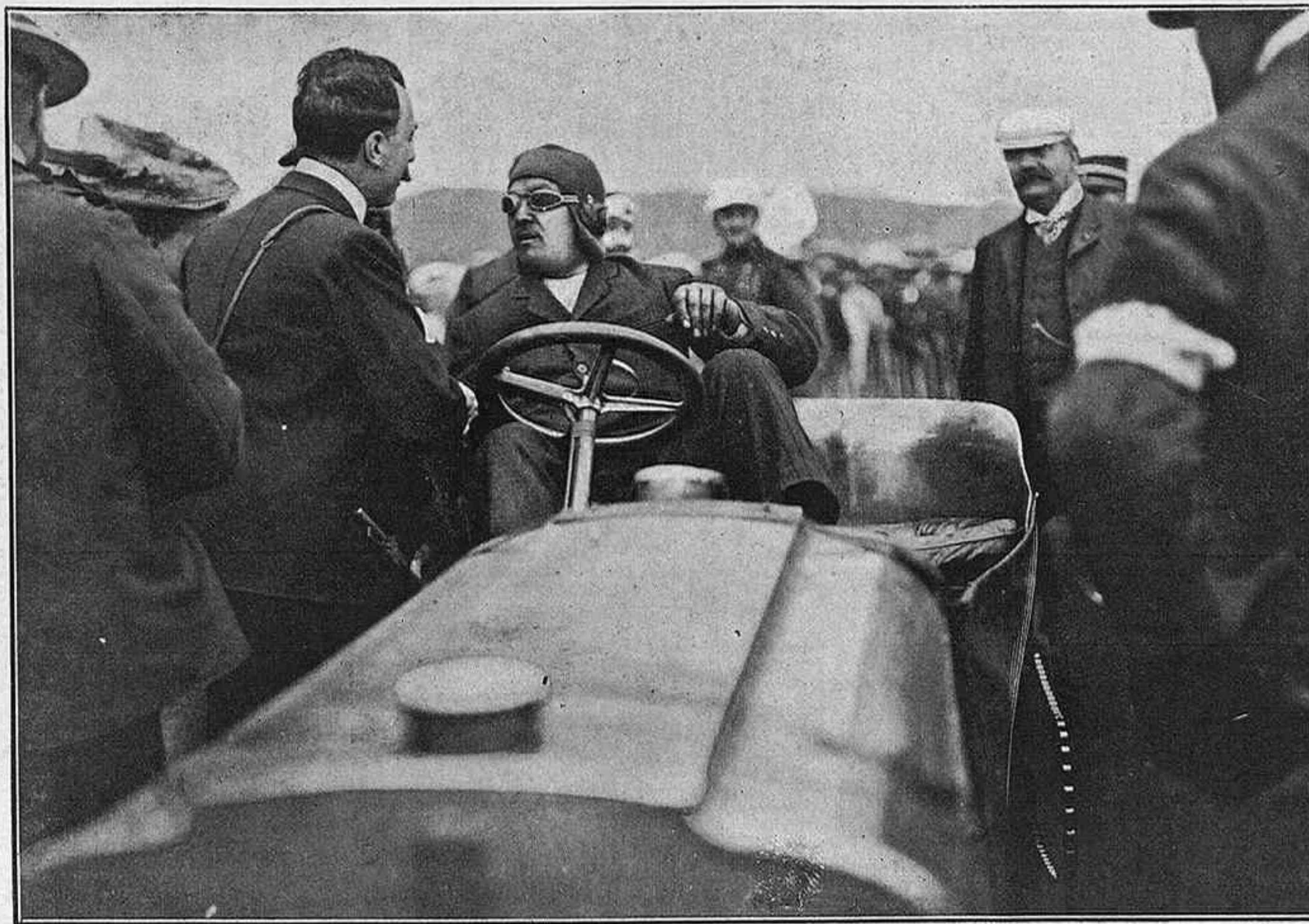
El orden y las horas de salida de los distintos concurrentes fueron: Thery, á las 6; Clifford-Earp, á las 6 y 5; Jenatzy, á las 6 y 10; Lancia, á las 6 y 15; Cagno, á las 6 y 45; Hieronymus, á las 6 y 50; Dingley, á las 6 y 55; Duray, á las 7; Bianchi, á las 7 y 5; Werner, á las 7 y 10; Nazari, á las 7 y 15; Burton, á las 7 y 20; y Tracy, á las 7 y 25.

Muy pronto se vió que la lucha estaba entablada principalmente entre el francés Thery y el italiano francés Thery. En efecto, éste fué el vencedor, habiendo sido objeto de una ovación entusiasta y recibido calurosas felicitaciones del ministro de las Colonias M. Clementel, que había ido á Laschamps para presenciar la carrera.

La clasificación oficial según el tiempo real empleado, hecha deducción de las neutralizaciones, arroja los datos siguientes:

n.º 1. Thery, 7 horas, 2 minutos, 43 segundos y $\frac{3}{8}$; n.º 2. Nazari, 7, 19, 9 $\frac{1}{8}$; n.º 3. Cagno, 7, 21, 22 $\frac{3}{8}$; n.º 4. Caillois, 7, 27, 6 $\frac{2}{8}$; n.º 5. Werner, 8, 3, 30; n.º 6. Duray, 8, 5, 50; n.º 7. De Caters, 8, 11, 11 $\frac{3}{8}$; n.º 8. Rolls, 8, 26, 42 $\frac{3}{8}$; n.º 9. Clifford-Earp, 8, 27, 29 $\frac{4}{8}$; n.º 10. Braun, 8, 33, 5 $\frac{3}{8}$; n.º 11. Bianchi, 8, 38, 39 $\frac{2}{8}$; n.º 12. Lyttle, 9, 30, 32. Los demás corredores no terminaron la prueba. De estos datos resulta que las velocidades medias por hora alcanzadas por los doce corredores citados han sido: Thery, 78 kilómetros, 428 metros; Nazari, 75'341; Cagno, 74'693; Caillois, 73'691; Werner, 68'198; Duray, 67'917; De Caters, 67'087; Rolls, 65'098; Clifford-Earp, 64'970; Braun, 64'210; Bianchi, 63'591; y Lyttle, 57'789.

Desde que se fundó la copa Gordón-Bennet, esta es la cuarta vez que tan codiciada recompensa ha sido ganada por corredores franceses. No hay que decir el entusiasmo que en Francia ha producido el último triunfo, que le permite conservar un año más esa copa, que es el cetro de la supremacía del automovilismo universal.—X.



EL VENCEDOR DE LA CARRERA, THERY, RECIBIENDO, Á SU LLEGADA Á LA META, LA FELICITACIÓN DEL MINISTRO DE LAS COLONIAS M. CLEMENTEL. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.²)

Lancia; este último, en las dos primeras vueltas, consiguió ganar algunos minutos sobre su competidor, de modo que por un momento llegó á ser casi general la creencia de que el triunfo sería suyo. Pero en la tercera vuelta el automóvil que montaba tuvo una

deficiencia que le impidió continuar, quedando así la victoria para Thery.

UN DOCUMENTO RETROSPECTIVO SOBRE LA DERROTA RUSA DE MUKDEN



GUERRA RUSO-JAPONESA. -- ESPERANDO LA LLEGADA DE LOS JAPONESES DESPUÉS DE LA EVACUACIÓN DE MUKDEN POR LOS RUSOS.

«La retirada de los rusos después de la derrota de Mukden, escribe el Dr. Van Haut, autor de esta fotografía, se realizó tan precipitadamente que muchos cadáveres no pudieron ser enterrados; en esta instantánea se ven reunidos unos 600, custodiados por algunos individuos de la Cruz Roja rusa, mientras se espera la llegada de los japoneses.»

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Más que en el teatro de la guerra fijase actualmente la atención universal en las negociaciones para la paz. Rusia y el Japón han designado ya sus respectivos plenipotenciarios: los de Rusia son el conde Mouravieff, actual embajador en Roma; el barón Rosen, nombrado recientemente embajador en los Estados Unidos, y el conde Cassini, hasta ahora embajador en Washington y hace poco nombrado para la embajada de Madrid; los del Japón son el barón Komura, ministro de Negocios Extranjeros; Yamaga, director del departamento de negocios políticos; y Sato, director del departamento de informaciones. Además han sido designados como asesores de los plenipotenciarios, por Rusia: Schipoff, director del departamento de la Tesorería de Estado; Bokotiloff, ministro de Rusia en Pekín; el profesor Wartens, ex agente militar de Rusia en Londres; el general Kermoloff, agregado naval en Tokio, y el capitán de fragata Rousstine; y por el Japón: Adachi, secretario de legación; Honda, secretario particular del ministro de Negocios Extranjeros; el coronel Tachibana, del Ministerio de la Guerra; el capitán Takashita, agregado naval en Washington; Yomishi, agregado diplomático, y Denison, consejero extranjero.

El Mikado ha dirigido á sus plenipotenciarios el siguiente discurso:

«El presidente de los Estados Unidos, apenado al ver continuar una guerra que dura desde hace más

de un año, y profundamente convencido de la apremiante necesidad de poner término á este conflicto, en interés de la humanidad, ha sugerido la idea de que los dos beligerantes nombrasen plenipotencia-

bréis de consagrarlos con todas vuestras fuerzas á cumplir vuestra misión y á hacer todos los esfuerzos necesarios para conseguir el restablecimiento de la paz sobre bases duraderas.»



GUERRA RUSO-JAPONESA. -- EL GENERAL HASEWAGA, GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO JAPONÉS DE COREA QUE AVANZA SOBRE VLADIVOSTOK. (De fotografía.)

rios encargados de reunirse para negociar la paz. Contra todo lo que esperábamos y á pesar de nuestro constante deseo de paz, nos vimos obligados á recurrir á las armas; así es que si el espíritu de conciliación de nuestro adversario permitiese poner fin á las hostilidades, nada sería para nosotros más satisfactorio que este resultado. En su consecuencia hemos aceptado inmediatamente la indicación del presidente de los Estados Unidos y os encargamos formalmente la misión de negociar y firmar la paz. Ha-

te las negociaciones, si no un armisticio formalmente pactado, haya una tregua de hecho, tanto más cuanto que la situación estratégica de los dos grandes ejércitos en la Mandchuria no permite esperar que se libre una gran batalla en breve plazo.

En el entretanto continúan, aunque con menos frecuencia que en estos últimos meses, los encuentros de las avanzadas.

El general Linevitch, en un telegrama del día 5, ha confirmado que en el combate del día 1.º, del que

La salida de Tokio del primer plenipotenciario japonés ha motivado una manifestación imponente. El barón Komura y su séquito fueron acompañados á la estación, de donde partieron para Yokohama, por el cuerpo diplomático, los altos dignatarios de la corte, los generales, los almirantes y los miembros del gabinete, siendo saludados y aclamados por una inmensa muchedumbre.

¿Habrá armisticio durante las negociaciones de la paz? Todo parece indicar que no. En efecto, el Japón, según ciertos corresponsales, exige antes de conceder una suspensión de hostilidades, que el general Linevitch abandone su principal línea de defensa, ó sea la de Kuang-Tcheng-Tse-Kirin, condición que Rusia no ha querido ni siquiera discutir por considerarla de todo punto inadmisibles.

Esto no obstante, es muy probable que duran-



JUNTO AL FUEGO, cuadro de Mme. Lee Robbins



TRISTEZA, monumento funerario, obra de Enrique Waderé

nos ocupamos en la crónica anterior, había quedado destruido un batallón japonés; que los rusos se habían apoderado de muchas provisiones; y que los japoneses habían sido rechazados con grandes pérdidas al querer recobrar las posiciones que aquéllos les habían tomado. Mas como aquella operación era sólo un reconocimiento, el destacamento ruso, después de haberse dado cuenta de las fuerzas del adversario, se replegó sobre sus posiciones primitivas; el generalísimo confiesa (confirmando así lo que en el parte de aquella acción había dicho el mariscal Oyama) que sus soldados sufrieron en aquella retirada numerosas bajas.

En una porción de gobiernos rusos prosigue activamente la octava movilización parcial para enviar nuevos refuerzos á los ejércitos de la Mandchuria; al propio tiempo se anuncia la movilización especial de seis regimientos de cosacos del Don destinados á la conservación del orden en el interior. Esta última medida no puede calificarse de inoportuna, puesto que los desórdenes y los motines se generalizan cada día más en Rusia, en varias de cuyas regiones reina un verdadero estado de sedición. En San Petersburgo se ha reproducido la huelga de los obreros de la fábrica de Poutiloff, dando lugar á sangrientas colisiones entre la fuerza armada y los huelguistas; en el Cáucaso prosigue con caracteres alarmantes la agitación contra los armenios; en muchos buques de guerra obsérvanse síntomas graves de insubordinación, y en el mismo ejército se han producido varios casos de indisciplina. Todo esto origina un estado de alarma que justifica lo que el príncipe Ouchtomsky ha dicho en el importante periódico *Grajdanine*, á saber: que la cuestión de la guerra y de la paz pasa á ser secundaria ante la necesidad de hacer frente ante todo á la revolución.—R.

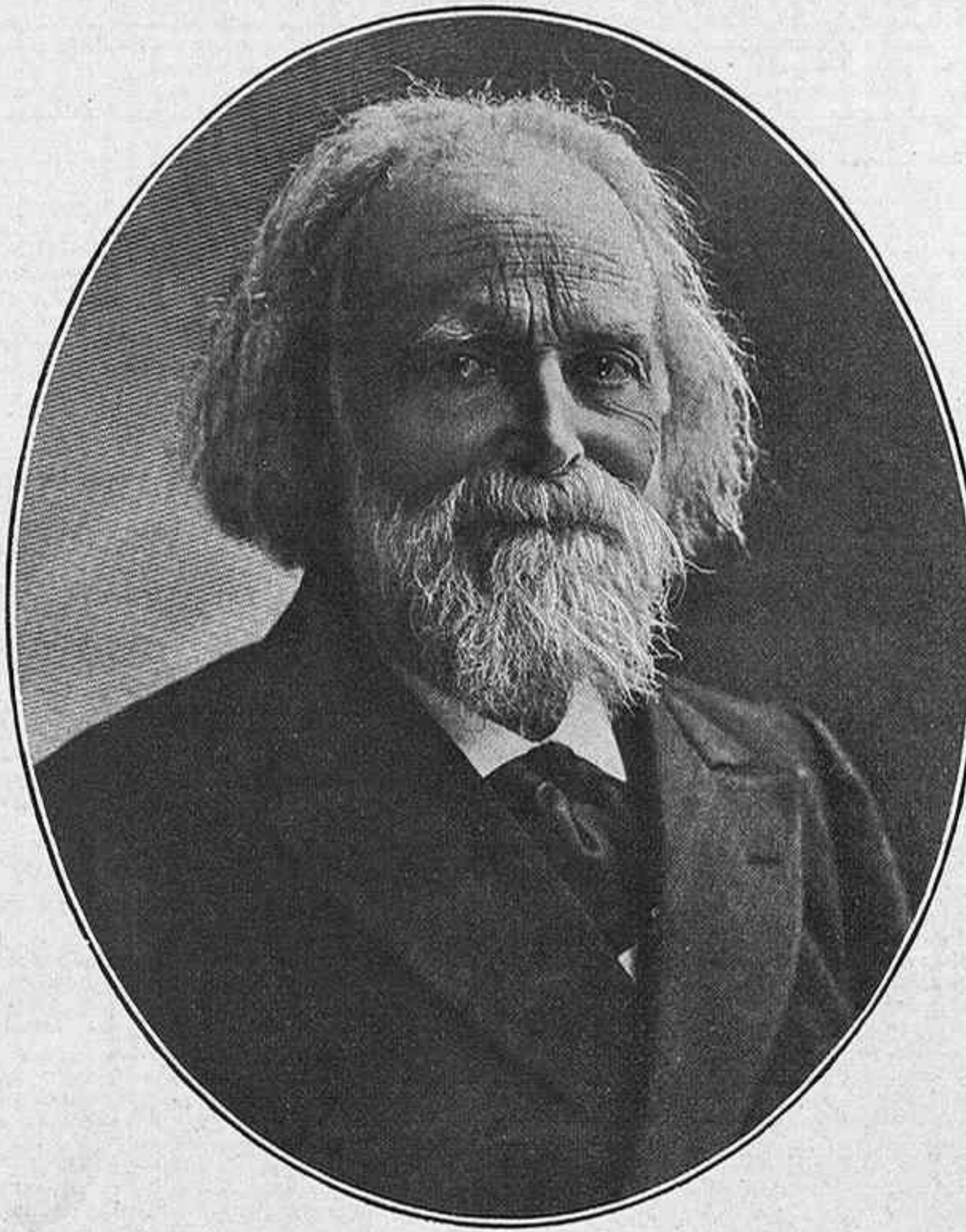


MONUMENTO Á CERVANTES, erigido en Alcoy, obra del arquitecto Vicente Pascual y del laureado pintor Fernando Cabrera

En ese armonioso concierto de alabanzas que España entera ha tributado al inmortal autor del *Quijote*, ha tomado también Alcoy activa parte, dando una nueva muestra de su cultura y patriotismo. El 17 de mayo último tuvo lugar la solemne inauguración del monumento erigido á la memoria de Cervantes, obra verdaderamente recomendable por la sobriedad y elegancia de sus líneas, en armonía con la significación del personaje cuyo recuerdo conmemora. Proyectado por el distinguido arquitecto municipal D. Vicente Pascual, y modelado el busto, que remata el monumento, por nuestro distinguido amigo el laureado pintor Fernando Cabrera, es una obra que honra á sus autores y á la ciudad que ha tenido el buen acuerdo de honrar la memoria de un español ilustre.

ELISEO RECLÚS

A la edad de setenta y cinco años ha fallecido el día 11 de los corrientes en Thourot (Bélgica) el emi-



EL EMINENTE GEÓGRAFO ELISEO RECLÚS, fallecido en Thourot (Bélgica) el día 11 de los corrientes. (De fotografía.)

nente geógrafo francés Eliseo Reclus. Hijo de un pastor protestante y de una familia numerosa, la mayor parte de cuyos individuos se han distinguido notablemente en los diversos órdenes de la actividad humana, nació en Sainte-Foy-la-Grande (Gironde).

Desde muy joven, y arrastrado por una vocación irresistible, realizó largos viajes por Alemania, Hungría é Inglaterra, aprendiendo los idiomas de los países que atravesaba y observando de cerca su topografía y las costumbres de sus habitantes; de este modo recogió tantos y tan sólidos materiales para ese monumento de extraordinaria importancia, la *Nueva Geografía Universal*, que con justicia había de conquistarle fama imperecedera.

La edad no había debilitado en ese trabajador infatigable ni la lucidez ni la actividad intelectuales. En efecto, á los diez y nueve tomos de su *Geografía* se había propuesto añadir una obra complementaria, cuyo título *El Hombre y la Tierra* indica por sí solo toda la amplitud de esta nueva obra. Reclus habrá tenido la suprema satisfacción de haber terminado antes de morir ese estudio magistral, que es digno coronamiento del magnífico edificio científico por él levantado.

Imbuído en ideas muy independientes y muy avanzadas en política y en filosofía, tomó parte en 1871 en la insurrección de la *Commune*, lo que le valió ser condenado primero á la deportación simple y luego al destierro. Cuando se concedió la amnistía, Reclus no quiso acogerse á ella.

Desde hace años había fijado su residencia en Bélgica y desempeñaba una cátedra de Geografía comparada en la Universidad libre de Bruselas.

En la vida ordinaria, el revolucionario terrible era el hombre más bondadoso, siendo un fenómeno muy digno de tenerse en cuenta el hecho de que las dos categorías de lectores fieles cerca de los cuales ha alcanzado mayor popularidad, hayan sido los libertarios y los niños.

Sea cual fuere el juicio que merezcan las doctrinas ultraanarquistas que profesaba y practicaba con la intransigencia de una convicción profunda, es preciso reconocer que Reclus ha sido uno de los grandes sabios de nuestra época y el autor de una obra inmortal, que será un monumento de gloria para su nombre y para la ciencia.

Bellas Artes.—BARCELONA. — *Salón París.* — Han estado expuestos recientemente en este Salón tres hermosos plafones originales del notable pintor D. Juan Llimona y destinados á decorar el comedor de una conocida familia de esta ciudad. El primero representa una niña apacentando unos carneros al pie de una montaña; el segundo, que se titula *Dar de comer al hambriento*, una noble dama que, seguida de su paje, distribuye unas frutas entre varios pobres sentados en un campo; el

tercero, *Dar de beber al sediento*, un paisaje de estío en el que una joven saca agua de un pozo para dársela á unos hombres abrasados por la sed. Cada una de estas obras merece el calificativo de maestra; así la composición como las tonalidades del paisaje y la ejecución de las figuras son dignas del pincel del eminente artista, gloria de la pintura catalana.

AJEDREZ

CONCURSO INTERNACIONAL DE PROBLEMAS

FALLO DEL JURADO

Este Concurso, iniciado en la columna de Ajedrez de «Historial» y realizado en la de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es el segundo certamen de esta clase celebrado en España, y al igual que el primero, que fué organizado por la Revista «Ruy López», se ha efectuado en esta capital.

Han sido recibidas treinta composiciones, número no pequeño si se recuerda que en la convocatoria únicamente se permitía á cada compositor enviar un solo problema, y entre ellas ha resultado insoluble el envío «¡Oh las matemáticas!» y con más de una solución las siguientes: «Astutia non vi,» «Marina,» «Columbus,» «Noble es el juego de ajedrez» y «Mieux vaut être seul que mal accompagné.» La composición cuyo lema es «Mane, Thecel, Phares» ha sido excluida de la lucha por estar basada en el enroque. Otras composiciones como «Dino» y «Don Eskil» contienen *duals* en variantes fundamentales.

Examinadas detenidamente las restantes composiciones hemos hecho una selección de diez de ellas, á las cuales designamos para las siguientes recompensas:

Primer premio:	«Emendatum.»
Segundo »	«Zobe.»
Tercer »	«Carillon.»
Cuarto y quinto premios <i>ex-aequo</i> .	«Zdrava Marija» y «Devinette.»
Primera mención honorífica:	«Miaplaciduc.»
Segunda »	«Natura non facit saltus.»
Tercera »	«Fiat Justitia!»
Cuarta »	«Petere licet?»
Quinta »	«Vive le roi.»

Como fundamento de nuestra decisión arbitral damos las siguientes consideraciones críticas:

EMENDATUM: Obra verdaderamente notable en su género. Las seis imágenes de mate que contiene, algunas de aspecto original é imprevisto, las dos amenazas sin jaque y bien precisadas y la actividad de las piezas negras para la formación de las variantes y posiciones de mate, ofrecen un conjunto digno de elevada recompensa. La posición inicial induce á sacrificar la T apartando al solucionista del verdadero camino. La riqueza de posiciones de mate es excepcional y doblemente meritoria si se tiene en cuenta la ausencia de la D blanca.

ZOBE: El mérito de este problema estriba en presentar tres variantes, en todas las cuales se puede señalar segunda jugada sin jaque, sacrificio de una pieza y artística posición de mate. Se distingue por su fineza la defensa Th 2-f 2. Para posponer este problema á «Emendatum» ha influido mucho la poca amplitud de las evoluciones de la D en las indicadas variantes.

CARILLON: Cuatro sacrificios de D sin utilizar la simetría y seguidos de otras tantas buenas posiciones de mate constituyen el contenido de este problema, cuya realización supone no poco esfuerzo. Evidentemente se trata de una labor digna de recompensa, pero ésta no ha sido más alta por conceptuar defectuosa la jugada de introducción.

ZDRAVA MARIJA: Aun cuando podría señalarse alguna otra composición análoga en la realización de tres posiciones de mate homólogas, este problema, no obstante, es sin duda digno de distinción por tener una primera jugada del mejor estilo y por la espontaneidad y frescura de su conjunto.

DEVINETTE: Composición de gusto depurado, con excelente jugada de introducción, amenaza sin jaque y posiciones de mate de aspecto imprevisto. Sólo es de lamentar que el conjunto de la obra ofrezca poca amplitud de combinación.

MIAPLACIDUC: Este problema contiene tres buenas variantes que originan cinco posiciones de mate reglamentarias. La primera jugada, que resulta muy indicada para prevenir R x T y prepara un mate inmediato si el R negro juega á e 4, y la falta de novedad de alguna de las posiciones de mate, han sido causa de no haber obtenido el problema un lugar más elevado.

NATURA NON FACIT SALTUS: La variante originada por la defensa D g 2-b 2 está hábilmente precisada y conduce á dos buenas posiciones de mate. Contiene además otras dos imágenes de mate que impresionan agradablemente. La primera jugada es fácil; pero está compensada por la dificultad de la indicada variante.

FIAT JUSTITIA!: Buen problema, que hubiera obtenido una distinción más elevada si hubiese habido más compensación en el *give and take* de la jugada inicial, pues no sólo defiende el C, sino que prepara un mate corto si R x A.

PETERE LICET?: El juego del A negro en la gran diagonal y la manera de obtener las posiciones de mate ofrecen cierto interés. El A de las blancas después de la primera jugada es en apariencia menos atacante, lo que dispensa algo el jugar una pieza amenazada.

VIVE LE ROI: Este problema reúne alguna buena cualidad; pero no ha sido clasificado en lugar más elevado á causa de la variante que exige convertir en una D el P blanco que ocupa la casilla e 7.

Barcelona, junio de 1905.

JOSÉ TOLOSA Y CARRERAS. VALENTÍN MARÍN.

NOTA. — Próximamente se darán á conocer los nombres de los autores de las composiciones premiadas.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B. ITALIENS, PARIS.

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—¡A mí!, exclamó Mauricio, presa de la mayor estupefacción.

—¡Ah!, dijo Duburle con acento de triunfo. Marqués, cuéntenos eso, la cosa lo merece.

—No lo esperen ustedes, contestó Condottier. Soy incapaz de comprometer á un amigo y compañero. No diré el nombre de la persona con quien Amadina engaña á nuestro querido Mauricio. Lo que sí aseguro es que esta persona existe. Ahora bien, si ustedes dudan de la veracidad de mis palabras, yo les ofrezco un medio de comprobación irrecusable. Yo me comprometo á triunfar de la reciente virtud de Amadina, y esto en el término de veinticuatro horas.

—¿Cómo se sabrá?, preguntó Mauricio, que había palidecido, pero dudando todavía.

—Eso, querido amigo, es asunto que no me interesa. Amadina irá á mi casa, ó yo iré á la suya, pero habrá, yo lo aseguro, un punto de reunión. Usted es quien debe descubrirlo. No puedo hacer más para abrirle los ojos, y comprenderá que no se puede pedir mayor complacencia.

—Marqués, dijo Duburle, yo he procurado realizar la misma empresa, y fracasé.

—Amadina me lo ha referido, replicó Mauricio, como juraría que me referirá la tentativa de Condottier. ¡Vamos! Usted calumnia á esa pobre criatura. Me quiere á mí solo. Tendrá usted la prueba.

—Vamos á cuentas, interrumpió Duburle. Danos tu palabra de que no la prevendrás. Estás tan enalbardado que serías muy capaz de desbaratar la combinación.

—No tema usted. Estoy seguro de ella.

—¡Está seguro de ella!, exclamó Duburle. He ahí un animal que está seguro de una mujer. Y de una mujer cuya profesión es ser amable. Es más duro que el mármol. Condottier, aunque sólo sea para darle en la cabeza, sacuda el flamante naranjo de esa joven y que lluevan mandarinas.

—Se hará lo que se pueda.

Los tres hombres se separaron, Mauricio inquieto, Duburle cáustico y Condottier tranquilo. Nadie supo nunca cómo el joven marqués se las había compuesto con una criatura tan desconfiada como Amadina; pero á los dos días Mauricio llegó á casa de Duburle con el rostro descompuesto, temblando de rabia y confesando que acababa de sorprender á Condottier en los brazos de la señorita de Narbona. Estaba fuera de sí, hablaba de enviar padrinos á su amigo y de matarlo, y después se deshacía en imprecações sobre la infamia de las mujeres y la tontería de los hombres. No sin pena, Duburle logró hacer comprender á Mauricio que no estaría bien querer corresponder á estocadas á la complacencia de Condottier. Era cierto que había triunfado de Amadina, pero sin deseo y únicamente por el principio...

—Creo que será usted capaz de compadecerle, dijo Mauricio.

—No iré tan lejos. Es evidente que no ha hecho un sacrificio penoso. La muchacha es bonita.

—Sí, bonita y canalla. Usted no sabrá nunca hasta qué extremo lleva la hipocresía y la mentira. En esto es una especialidad.

—En otras cosas también debe serlo.

condesa de Grodsko, insinuante y sagaz, le complacía mucho, y Mauricio, siempre dispuesto á inflamarse por una belleza nueva, empezaba á hacerle una corte formal. La única que no manifestaba su opinión era Rosa; acogía sonriendo con graciosa bondad las discretas demostraciones de Condottier, pero de su actitud era imposible colegir si estaba dispuesta á conceder al marqués la mano que á tantos otros había negado. Esto tranquilizaba á Prévinquieres, porque después de los disgustos que, con respecto al matrimonio de su hija, la fantasía de la misma le había hecho experimentar, tenía la sorda inquietud de que se decidiese á hacer una elección absurda; y la de Condottier le parecía la más inaceptable. Sin embargo, no podía alejarlo de su casa, y aun al día siguiente lo esperaba con su hermana, pues estaban de temporada en Rocher, en casa de su vecino el barón de Folentin, banquero riquísimo y solterón recalcitrante, y debían ir á cazar á Beaumont.

Prévinquieres recordaba todas estas cosas con tristeza. Acababa de firmar maquinalmente un gran número de cartas, cuando la puerta de su gabinete se abrió para dar paso á un buen mozo que entró sonriendo. Al verlo, iluminóse el rostro de Prévinquieres. Se fijó en él con complacencia, y desmintiendo la rudeza de sus palabras con lo cariñoso de su mirada, dijo:

—Vamos. Ya estás ahí. ¿Cuántas tonterías has hecho esta mañana?

—¡Por Dios, papá! No he tenido tiempo de hacer ninguna. Me acabo de levantar.

—Perezoso... Son las once.

—Es que el aire del campo es un narcótico asombroso. He dormido tan bien, que no me podía despertar.

—Sí, el aire es aquí excelente. Si vinieses con más frecuencia tendrías mejor salud.

—Mi espíritu no está dotado de suficientes recursos para vivir en el campo. No sabría qué hacer. Me aburriría y aburriría á los demás.

—Trabajarías.

—¿Acaso soy capaz de trabajar?

—No lo has probado nunca... —Es cierto; pero creo que no sirvo para nada. Cuando veo lo que haces, y la variedad de tus conocimientos, mi admiración raya en asombro.

Prévinquieres fijó en su heredero una mirada cariñosísima. Movi6 la cabeza, golpeó uno de los brazos de la butaca y dijo modestamente:

—No soy un águila. No debes confundir; hay muchos que saben más que yo; pero es cierto que he trabajado mucho y que he emprendido negocios muy distintos, y si tú siguieras mis consejos, dentro de algunos años estarías en condiciones de ocupar mi lugar al frente de mi fábrica y en la Cámara...

—¡En la Cámara!, exclamó Mauricio. ¿Serías capaz de abandonar tu asiento en ella, y con él á tus fieles electores?

—¿Por qué no? Yo iría entonces al Senado, y podríamos decir que éramos los dueños del país. ¡Si tú hubieses querido!.. ¡Si quisieras todavía! Con tu in-



Viendo entrar al extranjero se puso vivamente en pie

—No la veré nunca más.

—Así lo espero.

Y Mauricio volvió á casa de su padre, con el que se reconcili6. Duburle, sin entrar en los detalles de la aventura, dijo á Prévinquieres que la conversi6n del hijo pródigo se debía á Condottier. A partir de aquel momento el industrial fué más amable con el marqués, pero aumentó su desconfianza. No creía en el desinterés, pues sólo raras veces había visto prestar servicios gratuitamente, y pensó que si Condottier se había tomado la molestia de devolverle á Mauricio, tendría algún interés en mostrarse generoso y abnegado, y este interés no tardó en adivinarlo. Con toda claridad comprendió que el marqués le había devuelto su hijo para apoderarse más fácilmente de su hija. Además, en la casa todo el mundo favorecía esta combinaci6n; la señora Prévinquieres, cuyas ideas aristocráticas estaban algo oprimidas por las tendencias burguesas de su marido, sentía gran debilidad por la nobleza auténtica del marqués. La

—¿Acaso soy capaz de trabajar?

—No lo has probado nunca...

—Es cierto; pero creo que no sirvo para nada. Cuando veo lo que haces, y la variedad de tus conocimientos, mi admiraci6n raya en asombro.

Prévinquieres fijó en su heredero una mirada cariñosísima. Movi6 la cabeza, golpeó uno de los brazos de la butaca y dijo modestamente:

—No soy un águila. No debes confundir; hay muchos que saben más que yo; pero es cierto que he trabajado mucho y que he emprendido negocios muy distintos, y si tú siguieras mis consejos, dentro de algunos años estarías en condiciones de ocupar mi lugar al frente de mi fábrica y en la Cámara...

—¡En la Cámara!, exclamó Mauricio. ¿Serías capaz de abandonar tu asiento en ella, y con él á tus fieles electores?

—¿Por qué no? Yo iría entonces al Senado, y podríamos decir que éramos los dueños del país. ¡Si tú hubieses querido!.. ¡Si quisieras todavía! Con tu in-

teligencia, porque tú eres inteligente, llegarías a ocupar una brillante posición. Tú continuarías la dinastía de los Préviniqueres...

—Préviniqueres IV, dijo burlescamente Mauricio. Eso sería muy hermoso, pero me parece demasiado difícil. Además, ¡con el porvenir que nos prometen los socialistas!..

—¿Acaso crees en esos sueños? Eres más crédulo que ellos mismos. Demasiado saben que sus reivindicaciones han nacido muertas, y que su programa es irrealizable.

—Sí, pero como ellos dicen, pueden alterarlo todo.

—Eso duraría un día; pero al siguiente, el orden de las cosas recobraría su equilibrio. Si vacilas en seguir las huellas de mis pasos porque el colectivismo se te antoja amenazador, tu temor es vano. No es la sociedad lo que sería preciso cambiar, es la humanidad entera, y no hay probabilidades de que esto ocurra.

Préviniqueres iba a extenderse en elevadas consideraciones, cuando fué interrumpido por un golpecito ligero dado en la puerta del gabinete. Dijo «adelante,» y un instante después apareció Valentín precediendo a su huésped el americano. Éste avanzó hacia Préviniqueres sonriendo con aplomo, y sin dar tiempo a que le presentasen, se presentó él mismo.

—Ralph Evans, de Pittsburgh, su antiguo cliente y su actual competidor, Sr. Préviniqueres.

—Y el que me roba este excelente muchacho, replicó el industrial señalando a Valentín.

—Sí, es verdad; pero sin premeditación, y de ningún modo por interés... Además, él volverá.

Préviniqueres y Raynaud se miraron. El primero movió la cabeza sin contestar; después, cambiando de conversación, dijo:

—Sr. Evans, a quien debería llevarse a América no es a Valentín, es a este joven...

Y señalaba a su hijo, que con un codo apoyado en la chimenea, examinaba con curiosidad al americano.

—Nada más fácil si así lo desea; en el barco habrá sitio para todos...

—Muchas gracias, dijo Mauricio sonriendo. La travesía no me seduce, y además a mí me basta Europa.

—Usted no es curioso. Yo a su edad ya había dado la vuelta al mundo.

—En ochenta días, replicó Mauricio. Nosotros la damos en cuatro horas en... la Porte-Saint-Martin.

—He ahí la juventud actual, dijo Préviniqueres, dirigiéndose a Ralph. De todo se burla. Se le habla de instruirse, y contesta que se quiere divertir. Nosotros amontonamos grandes fortunas para nuestros hijos; ese es nuestro error y se excusa. No tienen necesidad de preocuparse, porque nosotros nos hemos preocupado por ellos. Hay momentos en que me pregunto si la herencia no es un error social. Si nuestros hijos se viesen obligados a contar consigo mismos, tendrían que trabajar, y serían hombres de provecho.

—Esa es la teoría del sufrimiento, dijo con dulzura Valentín. Es muy dura, y es preciso estar sólidamente constituido para resistir la prueba. El elegante Mauricio no ha nacido para sufrir. Usted no lo puso en el mundo para que fuese desgraciado. Le ha educado para que brille, para que le envidien, y llena todas las partes del programa trazado por usted mismo. En París no hay joven más mimado y más querido. Le da algunos disgustos; pero esto pasará, pues tiene buen corazón, y su fondo es excelente. Ya verá cómo se formaliza cuando llegue el momento oportuno.

—Gracias, Valentín, dijo Mauricio. Tú eres siempre el cariñoso amigo que en otros tiempos excusabas mis locuras, y que últimamente, cuando me he extralimitado, has hecho lo posible por repararlas. Tú sí que eres un hombre honrado, y yo te quiero con todo este corazón que dices es bueno, y que en el fondo lo es. ¡Ah, si todo el mundo tuviese sentido común!..

Miró a su padre, miró a Valentín, no acabó de exponer su pensamiento y exhaló un suspiro. Luego, con su natural displicencia, sacó un cigarrillo de su petaca de oro y lo encendió. Se acercó a Ralph, y con la más exquisita cortesía le dijo:

—Creo, caballero, que no se alejará de nosotros bruscamente, y que mi padre y los míos tendrán la satisfacción de hacerle los honores de Beaumont. Sin duda ya conoce la fábrica, pero no la finca, y como quiera que mañana tenemos una partida de caza y esta noche llegan de París algunos amigos...

—Me atrevo a esperar, dijo Préviniqueres interrumpiendo, que será usted de los nuestros.

—Con mucho gusto, si me aceptan tal como estoy, es decir, como un viajero.

—Corriente. Pero ante todo, permítame que le presente a mi madre y a mi hermana.

Precedidos por Mauricio, Evans y Raynaud pasaron al salón, en donde la señora y la señorita Préviniqueres esperaban, no sin curiosidad, la anunciada visita del yanqui. Rosa se había esmerado en su adorno, vistiéndose un precioso traje de batista bordada, descotado tan sólo lo preciso para que se viese el nacimiento de su torneado y blanco cuello. Viendo entrar al extranjero se puso vivamente en pie, y apareció alta y esbelta. Los cabellos rubios daban a su rostro una frescura exquisita; sus manos, que pendían a lo largo de su falda, eran diáfanas, de forma irreprochable y estaban surcadas por azuladas venas. Contestó al saludo de Ralph con una ligera inclinación, y dedicó una sonrisa a Valentín. Durante ese minuto se mostró tan adorablemente hermosa y expresiva, que el americano no pudo menos de lanzar una rápida mirada a su amigo como para decirle: «Ahora lo comprendo.» Valentín sonrió con tristeza, y viendo a Rosa tan encantadora, bajó la cabeza para no imponerse a sí mismo el suplicio de desearla sin esperanza. Pero la joven cruel no pareció sospechar la dolorosa resignación de su adorador, y dirigiéndose a él le dijo con afectuosa familiaridad:

—Bien, Valentín; ha cumplido usted su palabra de presentarnos al Sr. Evans. Porque sepa usted, caballero, que ardíamos en deseos de conocerle. Nos han contado tales cosas de su inteligencia y de su suerte en los negocios, que si no hubiese venido a vernos no se lo habríamos perdonado nunca a Raynaud.

—Pues, señorita, dijo Evans tranquilamente; aquí tiene usted al monstruo en persona. Pero no se exagere su importancia, porque en realidad es tan pequeña...

—En su país, dijo la madre de Rosa, en donde los archimillonarios abundan, tal vez; pero en la pobre Europa, y en Francia sobre todo, no puede usted pasar inadvertido.

—Crea usted, añadió Rosa, que aquí no se le estimará a usted por su fortuna. Seguramente que en los tiempos en que vivimos la riqueza es una gran cosa, pero no es todo...

—En América, señorita, replicó el americano, la fortuna no tiene valor más que por el partido que de ella se saca. Un hombre rico que no hace nada vale muy poca cosa.

—¡Chúpate esta, Mauricio!, dijo Préviniqueres con cierto júbilo. Ve ahí resumido en pocas palabras el concepto que tengo de la vida. La fortuna debe servir únicamente como medio de acción. Esa doctrina ha sido siempre la regla de mi conducta.

—¿Es también la de la señorita?, preguntó Ralph con ingenuidad.

—Mis opiniones, dijo Rosa alegremente, son algo más amplias que las de mi padre. No profeso gran estima a las gentes que no sirven para nada. Sin embargo, a mis ojos no es todo la laboriosidad. Hay otras cualidades muy dignas también de ser tenidas en cuenta. Por ejemplo, la buena educación, el talento, la bondad, el buen gusto y todos los dones que caracterizan al perfecto hombre de mundo, que se puede soñar como compañero de existencia...

—¡Como compañero de existencia!, replicó Evans. Entonces, estamos apreciando las cualidades masculinas desde el punto de vista matrimonial, y lo que la señorita Préviniqueres acaba de decir es algo así como el programa del perfecto candidato.

—Si usted se empeña..., dijo Rosa con displicencia. Pero no se asombre, Sr. Evans, de que una joven francesa dé gran importancia al matrimonio, porque es el más importante y casi podría decir el único problema que existe para ella.

—Sí, ya lo sabía, y todo cuanto usted me dice me interesa muchísimo. ¿Me permite, si no soy indiscreto, que le hable de este asunto?

—¿Por qué no?, replicó Rosa. Lo que acabo de decir no es nuevo para los míos. Lo saben desde hace mucho tiempo; pero si a usted le distrae hacerme hablar...

—Sí, es una cosa nueva para mí. Después de lo que le he oído decir, creo que para una joven de su posición sólo un hombre de mundo podría parecerle candidato aceptable. Un joven honrado, trabajador y rico, pero sin relaciones, sin elegancia, que no tuviese más que su honradez, su inteligencia y su fortuna, ¿tendría probabilidades de lograr un dichoso resultado?

—Me parece, respondió Rosa, que por poco tacto que tuviera ni siquiera se presentaría, porque desde el primer momento había de ver que no estaba en condiciones de vivir en el ambiente en el cual tendría que desenvolverse. Es cuestión de atmósfera; no respiraría con libertad y se volvería a su casa.

—Entonces, ¿no podría contar por parte de la que

hubiere elegido su corazón con ningún favor, con ninguna indulgencia? Las cualidades formales, como la excelencia de los sentimientos, la solidez de los principios, y en fin, un afecto sincero y apasionado, ¿no serían suficientes para que se hiciese una excepción con él? La elegancia de sus trajes, su buen tono, su finura, sus parientes y amistades y todo lo que, según usted misma ha indicado, constituye el conjunto de una posición mundana, ¿pesarían más que los preciosos dones que aseguran la tranquilidad material y garantizan la felicidad?

—Sr. Evans, contestó Rosa, es usted muy complejo, y la respuesta resulta difícilísima. Usted escoge un ejemplo novelesco y muy por encima de toda verosimilitud. ¿En dónde va usted a encontrar ese ideal, en el que se reunirían todas las facultades del hombre trabajador y todos los refinamientos de corazón de un enamorado? En los libros y en el teatro lo encontramos. Pero ese ser admirable, ¿existe en la realidad? Los autores aseguran que sí, pero yo dudo que su afirmación sea cierta. Crea usted que lo mejor es no hacerse ilusiones respecto a ese fénix y contentarse con el candidato posible, cuyo retrato he hecho hace un instante a grandes rasgos.

—Vaya, dijo Evans suspirando, veo que es imposible hacerle variar de programa.

—No creo que con razonamientos se pueda conseguir. Sería preciso un hecho material y violento. Una desilusión completa, un gran pesar.

—Sí, objetó fríamente Evans, la demostración absoluta y brutal de todo lo que hay de ficticio y de ilusorio en las ventajas que usted coloca por encima de todo. Esto no es probable que suceda. No podremos, pues, asistir a la desilusión completa de la señorita Préviniqueres en un nuevo camino de Damasco, y por lo tanto, amigo Raynaud, no tenemos más que tomar los billetes y marcharnos a América.

Estas últimas palabras confirmaron a Préviniqueres la verdadera finalidad de la conversación de Evans. Cambió con su mujer una significativa mirada. Evidentemente Ralph Evans había querido intentar en la joven a quien Valentín amaba una prueba suprema y hacerle declarar que el director de la fábrica no tenía probabilidad alguna de llegar a conmover su corazón. Raynaud, pálido y tembloroso, no perdía ni una palabra de las que Rosa pronunciaba fríamente. El americano había obligado brutalmente a que Rosa se explicase, y ya no podía dudar: nunca se conformaría con ser la mujer de un antiguo obrero, aunque estuviese dotado de una inteligencia superior y en posesión de una gran fortuna. Valentín lo comprendió así, y viéndose condenado para siempre al suplicio, deseaba salir de aquel salón en donde se ahogaba, apartarse de aquella cruel mujer que acababa de hacerle sentir todo su desdén, y encontrarse al aire libre, en completa soledad, para poder dar rienda suelta a su desesperación y a su cólera. Hizo un gesto tan doloroso, que Ralph comprendió la necesidad de abreviar la visita. Se levantó, y saludando a la señora Préviniqueres, le dió las gracias por la benévola acogida que le había dispensado.

—Sr. Evans, dijo entonces Rosa, ya sabe usted que mañana contamos con los dos. Hoy llegan algunos invitados, gente de mundo, de esa de la que no hace usted gran caso, y puede que en el fondo tenga razón. Pero yo deseo que pueda estudiarlos con entera libertad, y luego, si usted quiere, volveremos a hablar. Me encanta su franqueza.

Cambió un varonil apretón de manos con el americano, y Ralph y Raynaud salieron por la puerta-ventana que daba al jardín. Una vez solos y al aire libre, se cogieron del brazo y siguieron a lo largo del canal. Al principio guardaron silencio; pero después, y mirando a su amigo, Ralph dijo:

—Bien. La lección ha sido completa.

—Sí. ¿Ha visto usted con qué crueldad ha ahondado el acero en la herida?

—¿Crueldad? ¿Por qué? Ni siquiera se figura que le ha herido. Ignora completamente lo que por ella siente usted. ¿Quiere que llevemos la aventura más lejos y que yo se lo diga?

—Eso nunca. Sufriría demasiado si recibiese una negativa.

—¿Quién le asegura que sería una negativa?

—Todo lo que acaba de decir y que yo sabía de antemano, está de acuerdo con las ideas de los que la rodean y con su ambiente. No, Evans, no hay esperanza. Rosa no se casará nunca con el hijo de un capataz, a quien ha visto vestido con una blusa como un simple obrero.

—Tanto peor para ella, querido, y no para usted. Créame; durante la hora que acabamos de pasar con ella, la he observado mucho. Es una niña mimada que, si las circunstancias no la favorecen completamente, puede ser muy desgraciada y hacer desgraciados a cuantos están unidos a ella. Vea usted; yo

la comparo á un potro que siempre ha galopado libre y á su antojo en una pradera, que se defenderá terriblemente cuando le hagan sentir el bocado para conducirlo á un paso que no sea el suyo. Estoy contentísimo de que no sea usted quien haga la experiencia. Sería enojosa, y en ella se correrían grandes riesgos. Para salir con bien de la aventura se necesitaba tener una mano de hierro, y usted no la tendría. Concediendo que la tuviese, temería hacer daño á la hermosa desbocada. Deje usted esto, amigo mío, y si le es posible piense en otras cosas. Si no puede, ¡qué diantre!, quéjese usted. Hay gentes que aseguran que eso consuela, y yo estaré siempre á su disposición para escucharle.

—Me aflijo más por ella que por mí, Evans, se lo aseguro; pues me parece que el porvenir de esa niña, tan llena de ideas falsas, no puede ser más amenazador. Es tan orgullosa y tan delicada, que cualquier decepción la aplastará. Calcule usted lo que la vida le reserva. Yo preferiría sufrir cien veces más y que fuese dichosa.

—Usted puede desearlo, querido amigo, pero no sucederá más que lo que el destino tenga dispuesto. Si la señorita Prévinières debe pagar las consecuencias de sus prejuicios, lo que Valentín Raynaud desee no la aliviará gran cosa. Y ahora, sinceramente; si algo puede esperar de ese espíritu que no le comprende y de ese corazón que se le escapa, lo deberá á las pruebas que sufra. El buque no entra en el puerto hasta después de haber sido batido por la tempestad. Si cuando llegue ese momento todavía anhela usted su posesión, ejercerá usted de piloto y le ayudará á salir del atolladero.

III

—Vamos, Sr. Prévinières, si no está usted muy cansado, tenga la bondad de bailar conmigo.

—Condesa, cuando se trata de demostrarle mi obediencia, yo estoy siempre dispuesto.

Mauricio ofreció sonriendo el brazo á la condesa Grodsko, y como la señora Prévinières preludiaba un vals brillante, la joven y el hijo de la casa empezaron á bailar.

En el salón de Beaumont se reunió aquella noche muy selecta concurrencia. Los castellanos de las cercanías habían acudido, y entre éstos y los parisenses, huéspedes de Prévinières, reinaba la mayor intimidad. Las recepciones se sucedían regularmente en aquel rincón de provincia, y los cazadores se encontraban casi siempre en las mismas partidas de caza. El barón Trésorier, el agente de cambio, hablaba con Lermont, que ha colocado en Francia el arte del tiro y de la batida á la misma altura que Lord de Grey en Inglaterra. La Bréde y de Tremblay, cazadores alegres, sin los cuales no podían verificarse las partidas de Beaumont, descansaban tumbados en un sofá de las fatigas del día, cuando Rosa se dirigió con decisión á ellos conminándoles á que abandonasen su cómoda postura y á que sin pérdida de tiempo hiciesen bailar á las hijas del procurador de la República, que no deseaban otra cosa.

La Bréde exhaló un suspiro y se levantó con resignación, pero de Tremblay se preparó á resistir.

—¡Cómo! ¿Bailar cuando apenas nos levantamos de la mesa? ¿Sin darnos tiempo para respirar? Aquí no se puede descansar un momento. Cinco horas á pie recorriendo la vasta llanura, un cuadro de doscientas cincuenta perdices, y todavía se nos niega el derecho á descansar después de comer. Sepa usted, encantadora niña, que pediré una indemnización á su señor padre.

—Vamos, vamos. Mire usted con cuánta impaciencia me espera el marqués de Condottier.

—¡Diablo! Si yo la esperase también estaría impaciente. Pero usted me ofrece una de las hijas del administrador de justicia del lugar. La ironía es amarga. En fin, yo estoy aquí para los trabajos de carga, ¿no es eso? Allá voy.

—¿Por qué te quejas?, dijo La Bréde encogiéndose de hombros. Demasiado sabes que al fin no tendrás más remedio que sacrificarle.

—¡Toma! Entre tanto gano tiempo.

De pie en medio del salón, el elegante Condottier esperaba efectivamente á Rosa y fijaba en los asistentes una mirada de triunfo. Tenía la seguridad de que la señorita Prévinières le daría una respuesta favorable, pues había estrechado el cerco tan atrevidamente, que, según su opinión, no habría de tardar en rendirse.

Verdaderamente el joven marqués era un hombre admirable. Sacaba todo el partido posible del encanto que la elegancia puede añadir á la gracia natural. Nadie se vestía como él, ni se ponía una levita de nuevo corte, ni lanzaba un pantalón nuevo con tanto arte para imponer su gusto. Delgado, alto, ágil, moreno, con ojos de meridional y dientes que brillaban bajo el bigote peinado á la borgoñona, era el príncipe de la juventud. Una mujer que deseara ser la reina de la moda, no podía elegir compañero que

fuese más á propósito para asegurar su supremacía. Todas estas cosas se las decía Rosa cuando, después de haber puesto en movimiento á los dos cazadores, se dirigía hacia él, y no sin cierta satisfacción contemplaba al elegantísimo joven que en medio del salón se movía con tanta libertad, que parecía colocado en aquel sitio para que lo admirasen mejor, y su aislamiento semejaba un distintivo de superioridad. Dirigiéndole una sonrisa, el marqués le tendió la mano, con el brazo derecho rodeó el talle de la joven, y con agilidad y ligereza le hizo seguir el ritmo del vals trazando caprichosas y armónicas curvas.

Prévinières estaba sentado junto á una ventana y conversaba con un joven, al que hizo que se fijase en la elegante pareja.

—Verdaderamente, son dignos de que se les admire...

—¡Ah! ¿Lo confiesa usted al fin?

—Mi querido barón, no soy ciego, pero tampoco me dejo alucinar. Ese muchacho es muy elegante, pero no me sirve.

El barón Folentin de Rocher hizo una mueca significativa.

—¡Diantre! Yo sé que es usted un hombre serio, y yo lo soy también. Pero con eso no consigue usted que Condottier no sea en extremo seductor. Usted mismo se ha visto obligado á reconocer que produce un efecto extraordinario.

—Creo que mi hija le ayuda en algo.

—Sin duda la señorita Prévinières es en su género tan seductora como el marqués. Formarían una pareja admirable...

—A la que serían precisos para vivir doscientos mil francos, y todavía contraerían deudas...

—Deudas que pagaría usted, y en cuanto á los doscientos mil francos...

—Alto ahí, Folentin. No vaya usted á figurarse que estoy loco. Poseo una gran fortuna, usted lo sabe porque es mi banquero; pero con todo, mis medios no me permiten sostener otra casa como la mía. Tengo un hijo imbécil que me cuesta bastante caro.

—Vamos, Sr. Prévinières, no trate de enterme. Yo sé que no gasta usted la renta y que todos los años aumenta el capital.

—Sí, y Valentín Raynaud se va.

—¿Con ese endiablado americano que me ha presentado usted hace un momento y que tira tan bien?

—Sí, con Ralph Evans.

—Raynaud es un muchacho excelentísimo y honrado; pero la fábrica marchaba admirablemente antes que él la dirigiese, y seguirá marchando lo mismo.

—¿Será Condottier quien la dirija?

—Eso sí que no. Condottier es un chico que sabe más de lo que parece, y su hermana es una mujer encantadora...

—Vamos, Folentin, yo no le pido que me cuente sus aventuras amorosas.

—¡Oh! No crea usted nada de cuanto se dice de mí y de la condesa Grodsko. Ni siquiera se me ha pasado por la imaginación. Ya no estoy en la edad en que las mujeres impresionan.

—¿Cuántos años tiene usted, Folentin?

—Treinta y seis.

—¿Y solterón empedernido?

—Hasta que encuentre la mujer de mis sueños.

—¿Cómo debe ser?

—No es fácil explicarlo. Hablando con sinceridad, puedo asegurar que todavía no he encontrado ninguna que me haya parecido valer lo necesario para hacerme perder la libertad.

—Lo que acaba usted de decir no es muy halagador para mi hija.

—¿Me la daría usted?

—Empiece por pedirme su mano.

—¡Diablo! No es precisamente de eso de lo que se trata.

—Entonces, ¿de qué?

—De una comisión muy delicada que para la señorita Prévinières me han encargado.

—¿Quién?

—Condottier.

—¿Le ha pedido que sea usted su intermediario?

—Un poco más, diga usted su corredor.

—¿No se tiene por bastante hombre para hablar por sí mismo?

—Crea usted que debe haberlo hecho en todos los tonos y en todas las formas. Fíjese usted en él, ahora que está bailando con su hija. Hablan, ríen, ¿de qué quiere usted que se ocupen si no es de cosas de amor?

—Y bien...

—Pues bien. Parece que la señorita Rosa ríe, bromea, tal vez demasiado á juicio de mi amigo, y no se decide á conceder crédito á las apasionadas confesiones que le hace. De modo que, resuelto á todo y antes que dirigirse oficialmente á usted, Condottier desea que un hombre serio, con el que seguramente no se atreverá á bromear, yo, en fin, hable algunos instantes con la señorita Prévinières.

—¡Maravilloso! ¿Quiere usted que le diga lo que pienso, Folentin? Mi hija es demasiado inteligente; hasta ahora ha rechazado admirables partidos, y no se dejará alucinar por un joven como el marqués. Mire, el vals ha terminado, y la ocasión no puede ser mejor. Vaya usted á reunirse con mi hija, dígame cuanto tenga que decirle y sea elocuente; la condesa Grodsko se lo agradecerá.

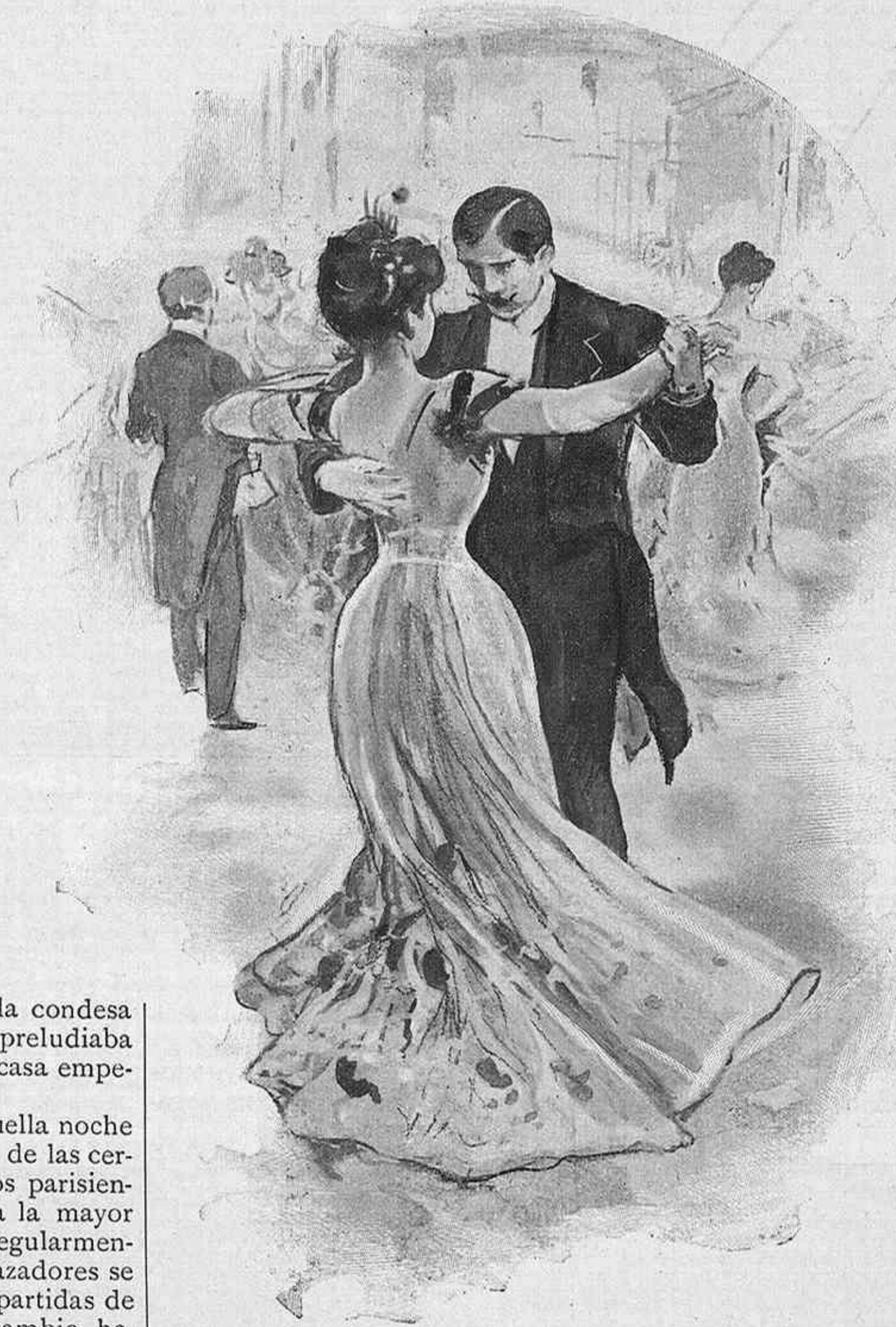
—¿Todavía? Después de todo me es igual. No hay ofensa en eso.

Folentin se había puesto de pie, y se dirigió hacia Rosa, que en el centro de un grupo formado en medio del salón, y algo sofocada por el baile, hacia que los rizos que caían sobre su frente se agitaban con el aire de un abanico de encajes.

—¡Cómo! Sr. de Rocher, ¿quiere usted bailar?, preguntó Rosa haciendo una reverencia al barón.

—Yo la invitaría á bailar como cualquier otro, señorita, contestó Folentin, si pensase que ello había de proporcionarle una satisfacción; pero teniendo como tiene usted un ejército de jóvenes voluntarios, no necesita recurrir á las reservas.

(Continuará.)



... y con agilidad y ligereza le hizo seguir el ritmo del vals

—Deudas que pagaría usted, y en cuanto á los doscientos mil francos...

—Alto ahí, Folentin. No vaya usted á figurarse que estoy loco. Poseo una gran fortuna, usted lo sabe porque es mi banquero; pero con todo, mis medios no me permiten sostener otra casa como la mía. Tengo un hijo imbécil que me cuesta bastante caro.

—Vamos, Sr. Prévinières, no trate de enterme. Yo sé que no gasta usted la renta y que todos los años aumenta el capital.

—Sí, y Valentín Raynaud se va.

—¿Con ese endiablado americano que me ha presentado usted hace un momento y que tira tan bien?

—Sí, con Ralph Evans.

—Raynaud es un muchacho excelentísimo y honrado; pero la fábrica marchaba admirablemente antes que él la dirigiese, y seguirá marchando lo mismo.

—¿Será Condottier quien la dirija?

—Eso sí que no. Condottier es un chico que sabe más de lo que parece, y su hermana es una mujer encantadora...

—Vamos, Folentin, yo no le pido que me cuente sus aventuras amorosas.

—¡Oh! No crea usted nada de cuanto se dice de mí y de la condesa Grodsko. Ni siquiera se me ha pasado por la imaginación. Ya no estoy en la edad en que las mujeres impresionan.

—¿Cuántos años tiene usted, Folentin?

—Treinta y seis.

—¿Y solterón empedernido?

—Hasta que encuentre la mujer de mis sueños.

—¿Cómo debe ser?

—No es fácil explicarlo. Hablando con sinceridad, puedo asegurar que todavía no he encontrado ninguna que me haya parecido valer lo necesario para hacerme perder la libertad.

—Lo que acaba usted de decir no es muy halagador para mi hija.

—¿Me la daría usted?

—Empiece por pedirme su mano.

—¡Diablo! No es precisamente de eso de lo que se trata.

—Entonces, ¿de qué?

—De una comisión muy delicada que para la señorita Prévinières me han encargado.

—¿Quién?

—Condottier.

—¿Le ha pedido que sea usted su intermediario?

—Un poco más, diga usted su corredor.

—¿No se tiene por bastante hombre para hablar por sí mismo?

—Crea usted que debe haberlo hecho en todos los tonos y en todas las formas. Fíjese usted en él, ahora que está bailando con su hija. Hablan, ríen, ¿de qué quiere usted que se ocupen si no es de cosas de amor?

—Y bien...

—Pues bien. Parece que la señorita Rosa ríe, bromea, tal vez demasiado á juicio de mi amigo, y no se decide á conceder crédito á las apasionadas confesiones que le hace. De modo que, resuelto á todo y antes que dirigirse oficialmente á usted, Condottier desea que un hombre serio, con el que seguramente no se atreverá á bromear, yo, en fin, hable algunos instantes con la señorita Prévinières.

—¡Maravilloso! ¿Quiere usted que le diga lo que pienso, Folentin? Mi hija es demasiado inteligente; hasta ahora ha rechazado admirables partidos, y no se dejará alucinar por un joven como el marqués. Mire, el vals ha terminado, y la ocasión no puede ser mejor. Vaya usted á reunirse con mi hija, dígame cuanto tenga que decirle y sea elocuente; la condesa Grodsko se lo agradecerá.

—¿Todavía? Después de todo me es igual. No hay ofensa en eso.

Folentin se había puesto de pie, y se dirigió hacia Rosa, que en el centro de un grupo formado en medio del salón, y algo sofocada por el baile, hacia que los rizos que caían sobre su frente se agitaban con el aire de un abanico de encajes.

—¡Cómo! Sr. de Rocher, ¿quiere usted bailar?, preguntó Rosa haciendo una reverencia al barón.

—Yo la invitaría á bailar como cualquier otro, señorita, contestó Folentin, si pensase que ello había de proporcionarle una satisfacción; pero teniendo como tiene usted un ejército de jóvenes voluntarios, no necesita recurrir á las reservas.

(Continuará.)



LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA. — BANQUETE DE GALA DADO EN HONOR DEL ALMIRANTE Y DE LA OFICIALIDAD DE LA ESCUADRA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO EN EL SALÓN DE CIENTO. (De fotografía de A. Merletti.)

LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA

Durante la estancia en este puerto de la escuadra inglesa que manda el almirante Beresford, el Ayuntamiento y algunos particulares han organizado varios festejos para obsequiar á los jefes y oficiales de la misma.

De los principales vamos á dar cuenta someramente.

La excursión al Tibidabo dejó entusiasmados á nuestros huéspedes, quienes expresaron su admiración por el hermoso panorama que desde allí se descubre y sobre todo por el grandioso aspecto que ofrece nuestra ciudad contemplada desde aquella altura. En el almuerzo que se celebró y al que asistieron, además de los marinos ingleses, las autoridades, el almirante y el alcalde cambiaron frases de mutuo afecto haciendo votos porque se estrechen cada día más las amistosas relaciones entre Inglaterra y España.

El banquete oficial efectuóse en el magnífico Salón de Ciento, en el que con muy buen acuerdo no se había puesto más adorno que un grupo con las banderas española é inglesa rodeando una plancha con las iniciales del rey y los escudos de Barcelona y poblaciones agregadas. La mesa estaba dispuesta con gran elegancia y adornada con profusión de flores, y á ella se sentaron el alcalde, el gobernador, el capitán general, el presidente de la Diputación, el comandante de marina, un presidente de sala de esta Audiencia, el general gobernador, un teniente fiscal, el cónsul de Inglaterra, el almirante, vicealmirante y varios jefes y oficiales de la escuadra inglesa, varios concejales, representantes del ejército y de la armada y otros invitados hasta el número de 160. El alcalde brindó por D. Alfonso

XIII, por el rey Eduardo VII y por la oficialidad de la escuadra; y el almirante, en sentidas frases, expresó su agradecimiento por los obsequios y atenciones que se habían dispensado á él y á sus oficiales, y su admiración por Barcelona, que calificó de ciudad la más hermosa del Mediterráneo.

Terminado el banquete, dirigiéronse los invitados al Palacio de Bellas Artes, en donde se había orga-

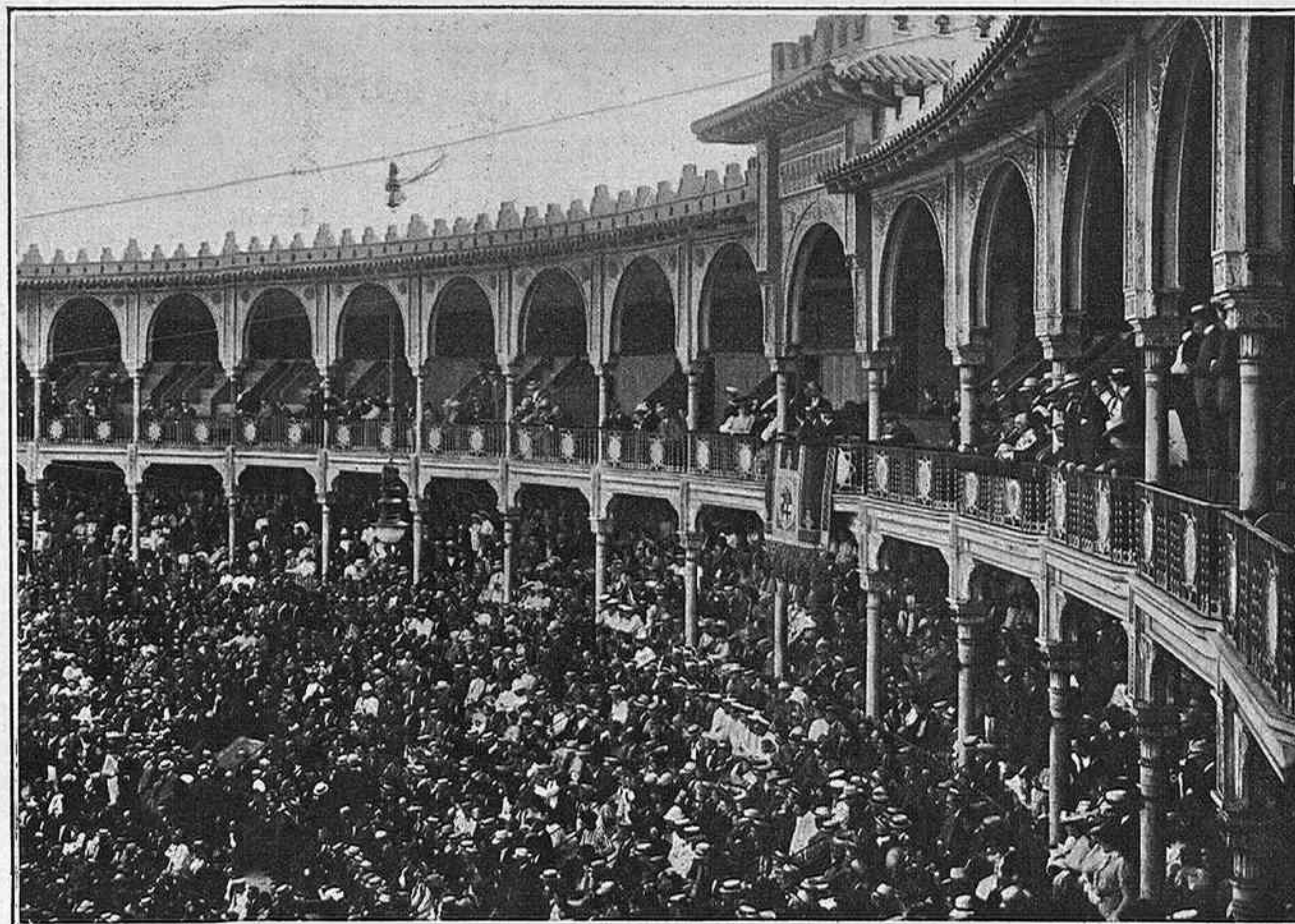
y Nicolau, y la banda, el orfeón y los alumnos de la Escuela Municipal de Música, formando un total de 600 ejecutantes, ejecutaron la *Patria Nova*, de Grieg. Todas las piezas fueron acogidas con estruendosos aplausos, no siendo los marinos ingleses los que menos entusiasmos se mostraron.

El almirante y algunos oficiales asistieron á la corrida de toros que se dió en la nueva plaza, y presenciaron un partido de pelota y otro de *lawn-tennis* que en su honor se organizaron en el Frontón Condal y en el campo del Turó respectivamente.

Fueron además obsequiados los marinos ingleses con un banquete por el cónsul de su nación y con una excursión á Montserrat y una comida y concierto íntimos por el acaudalado fabricante don J. J. Bertrand. En esta última fiesta, á la que sólo asistieron el almirante, el vicealmirante, dos ayudantes del primero y el cónsul y vicescónsul de Inglaterra en Barcelona, tomó parte el «Orfeo Catalá», que cantó las más escogidas piezas de su repertorio.

Para corresponder á los agasajos de que su escuadra ha sido objeto, el almirante lord Beresford obsequió á las autoridades barcelonesas con un espléndido banquete á bordo de su buque, el *Bulwark*, y á los concejales y representantes de la prensa y á sus familias con un te que se celebró en el propio barco.

Los marinos ingleses han quedado encantados de Barcelona y muy agradecidos á las cariñosas atenciones que se les han dispensado, y de sus sentimientos es expresión la afectuosa carta de despedida que el almirante ha dirigido al alcalde y en la cual á las frases de gratitud acompañan los más halagüeños conceptos para nuestra ciudad y para sus habitantes.—X

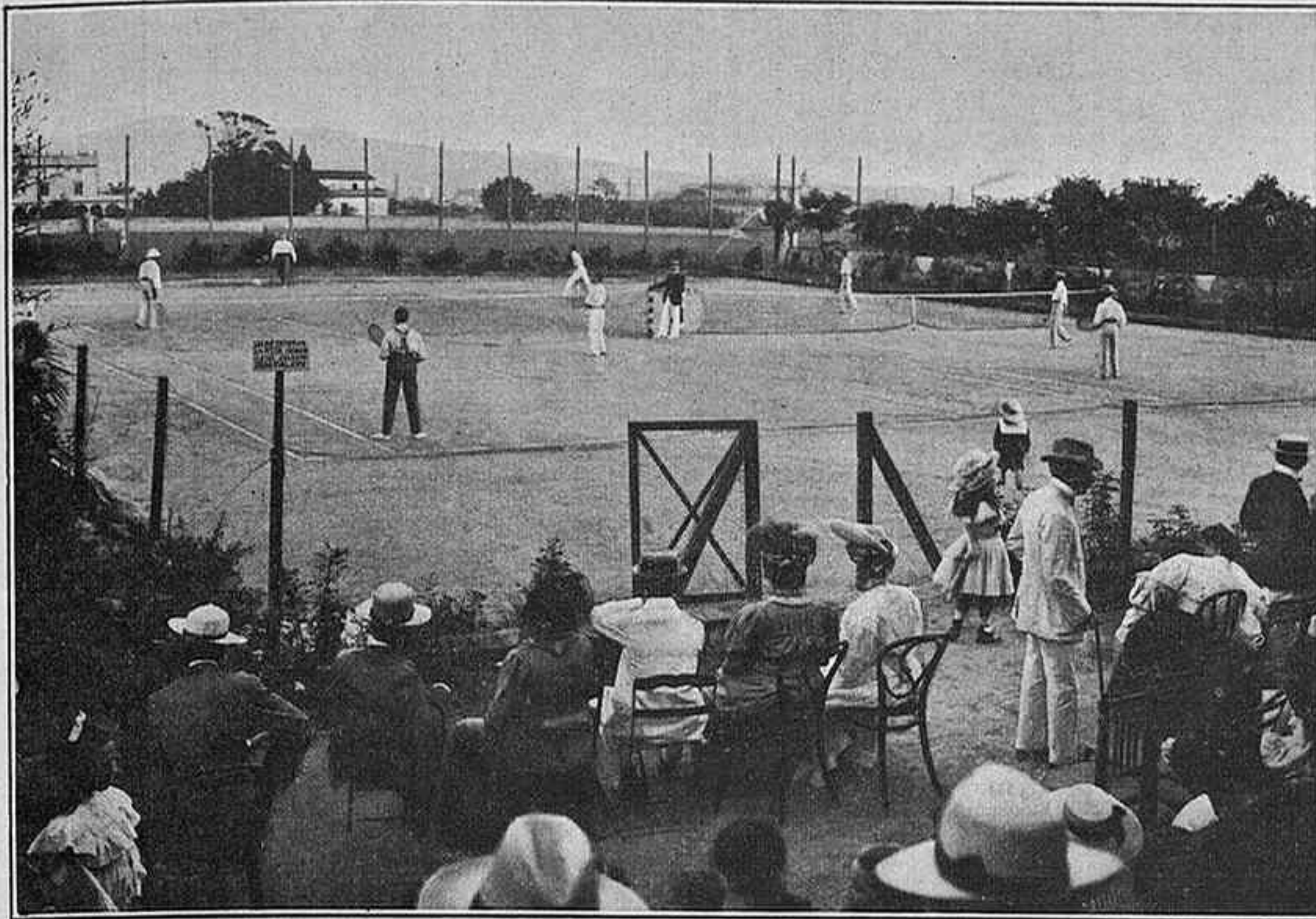


LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA. — EL ALMIRANTE, JEFES Y OFICIALES DE LA ESCUADRA EN LA NUEVA PLAZA DE TOROS. (De fotografía de A. Merletti.)

nizado un concierto en el que tomaron parte la banda municipal, el «Orfeo Catalá» y los alumnos de la Escuela Municipal de Música. El inmenso salón ofrecía un aspecto magnífico, así por la concurrencia que lo llenaba por completo, como por la profusión de adornos y luces que lo engalanaban. La banda municipal tocó el misterio en tres partes *Eva*, de Massenet; el «Orfeo Catalá» cantó varias composiciones de García Robles, Pedrell, Lambert, Montes

la prensa y á sus familias con un te que se celebró en el propio barco.

Los marinos ingleses han quedado encantados de Barcelona y muy agradecidos á las cariñosas atenciones que se les han dispensado, y de sus sentimientos es expresión la afectuosa carta de despedida que el almirante ha dirigido al alcalde y en la cual á las frases de gratitud acompañan los más halagüeños conceptos para nuestra ciudad y para sus habitantes.—X



LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA. - PARTIDO DE «LAWN TENNIS» ORGANIZADO EN EL CAMPO DEL TURÓ EN HONOR DEL ALMIRANTE, JEFES Y OFICIALES DE LA ARMADA. (De fotografías de A. Merletti.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Rambla de Cataluña, 14, entresuelo, Barcelona

65 AÑOS DE ÉXITO
FUERA de CONCURSO PARIS 1900
 GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904
 Alcohol de Menta de
RICQLÈS
 (EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)
CALMA la SED, SANEA el AGUA
 Contra el VÓMITO, Dolor de CABEZA, INDIGESTION
COLERINA
 AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO esquisito
PRESERVATIVO contra las EPIDEMIAS
 Pedir el **RICQLÈS**
 De venta en las PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
 Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
 Vendose en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
 Sucesor de
 BOYVEAU-LAFFECTEUR.
 Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
 Jarabe sin narcótico.
 Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOYZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gléptica, Indumentaria, Tejidos
 Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Frasco. 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES et Co. B. St-Denis-16

PECHO IDEAL
 Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las **Píldoras Orientales** únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdieu, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; en Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

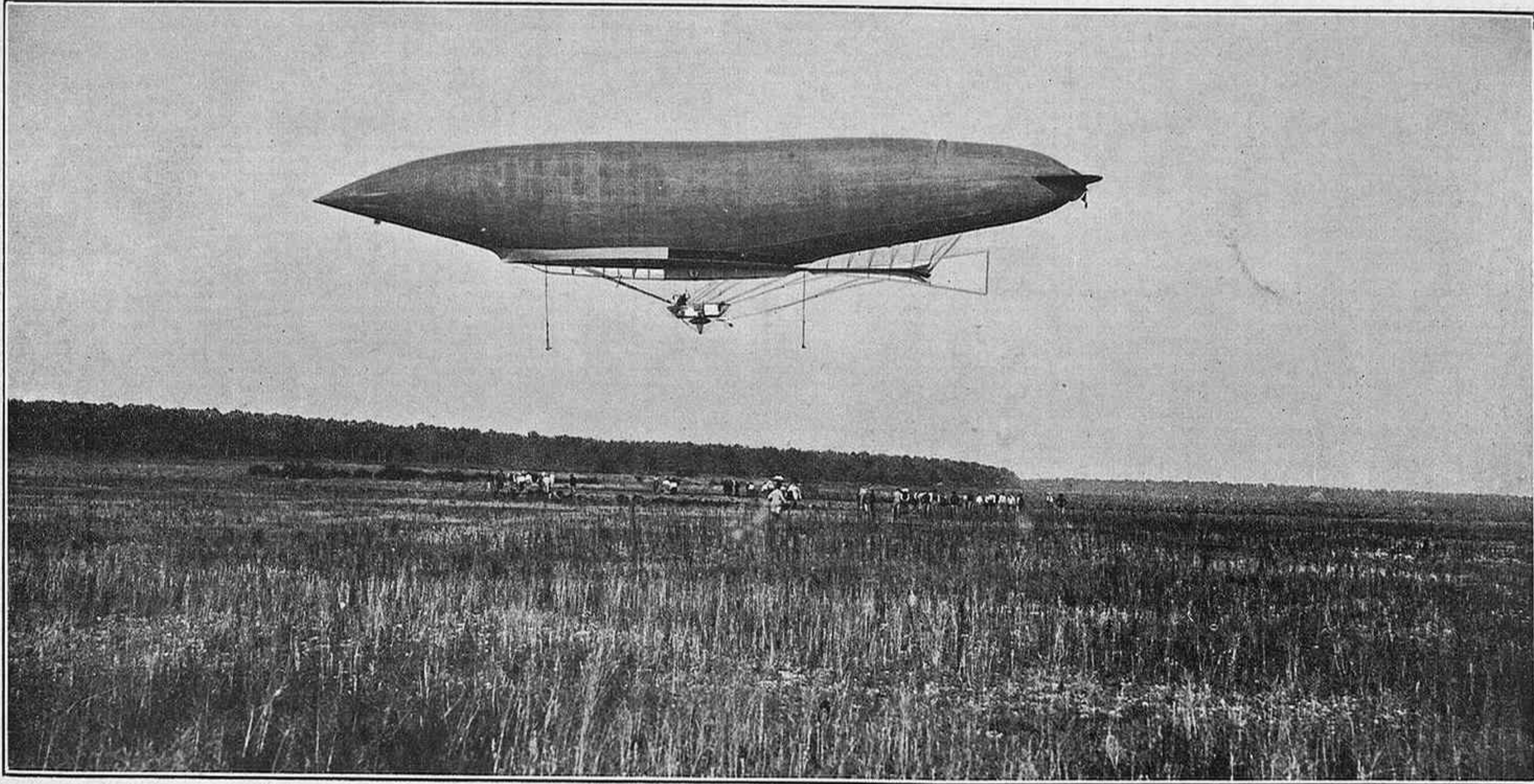
SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULE de BLANCARD
 ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.
 al IODURO de HIERRO INALTERABLE
 DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES
 Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 el mas reconstituyente soberano en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
 Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



ÚLTIMO VIAJE DEL GLOBO DIRIGIBLE LEBAUDY. (Fotografía de M. Rol y C.^o)

EL GLOBO DIRIGIBLE LEBAUDY

Después de haber demostrado sus condiciones para la navegación aérea por placer, se ha querido ver hasta qué punto podría servir para la guerra el famoso globo dirigible de los hermanos Pablo y Pedro Lebaudy. A este efecto, de acuerdo con el ministro de la Guerra de Francia, los comandantes Bouttiaux, director del parque de aerostación de Chalais-Meudón, y Viard, y el capitán Voyer, subdirector de dicho parque, formaron con el Sr. Julliot, el famoso ingeniero del *Lebaudy*, un programa de pruebas preparatorio de un largo viaje por etapas. Las pruebas se realizaron á entera satisfacción, habiendo

terminado en Moissans, con el viaje de tres horas y once minutos efectuado el 27 de junio último; y el día 3 de este mes comenzó el viaje por etapas, saliendo el globo del punto de partida designado á las 3 y 45 y descendiendo en Meaux á las 6 y 20, después de haber recorrido una distancia de 94 kilómetros casi en línea recta.

El día 6, á las 7 y 53 de la mañana, emprendió la travesía de la segunda etapa, yendo tripulado por el capitán Voyer, el piloto Juchmés y el mecánico Roy. A las 8 y 50 pasaba por Chateau-Thierry; á las 9 y 17, por Varennes; á las 10 y 30, por Epernay, y á las 11 y 30 tomaba tierra en Mourmelon, que era el lugar previamente indicado, después de un magnífico

viaje y á pesar de haber tenido que luchar contra un fuerte viento contrario.

El sitio en donde había de acampar el *Lebaudy* reunía muy malas condiciones, pues estaba completamente al descubierto, sin ninguna clase de abrigo; por esta circunstancia, el ingeniero Julliot había manifestado por teléfono á los propietarios del globo sus temores de que en caso de sobrevenir una tempestad podría el aparato sufrir algún daño. Estos temores se confirmaron, pues á las 6 de la tarde, el viento rompió las amarras y desgarró la envoltura del aeróstato.

Afortunadamente los daños son fácilmente reparables, porque la parte mecánica del *Lebaudy* ha quedado indemne.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Elujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.